

Viaje de misterio y fantasías

POPULAR



Jose Luis Zárate

COLECCIÓN POPULAR

788

LA RUTA DEL HIELO Y LA SAL

JOSÉ LUIS ZÁRATE

La ruta del hielo y la sal



Primera edición (Grupo Editorial Vid), 1998
Primera edición, FCE, 2020
[Primera edición en libro electrónico, 2021]

Diseño de forro: Laura Esponda Aguilar

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

ISBN 978-607-16-6811-0 (ePub)
ISBN 978-607-16-6776-2 (rústica)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Soy testigo de esa sangre
EFRAÍN HUERTA

DEMÉTER

DE VARNA A WHITBY

I. ANTES DE LA TORMENTA.
DEL 5 AL 16 DE JULIO 1897

EN LA noche: el olor, el peso, el tacto de la sal.

Mucho más presente que las aguas al otro lado de la madera.

¿Quién podría saberlo?

Las noches no están ocupadas en soñar con las sirenas de sexo incierto, sino en la caricia eterna, infatigable de la materia oculta dentro del líquido.

Cuando el sol de mediodía seca las velas del barco, mojadas por la brisa o la tormenta, están cubiertas por ese blanco granulado que existe entre los cabellos de todos, en medio de sus dedos, infiltrándose con la niebla salada del mar nocturno.

No hay sitio a salvo. Descansa en todas las grietas del barco, en las literas de metal, tras las provisiones, en los tesoros que ocultamos de la herrumbre, sonriendo con su presencia.

Y cuando los hombres se desnudan, la encuentran entre sus muslos, protegida entre la pierna y los testículos.

Los marinos son la mujer de Lot.

Seres de sal.

Cuando voy al castillo de proa, lleno del calor absurdo de los cuerpos descansando en medio del bochorno, casi puedo observarla sobre sus pieles indolentes.

¿Quiénes la han probado? ¿Quiénes han saboreado el océano y el cuerpo en ese lugar oculto?

Yo no.

No puedo.

Soy el capitán.

Me es imposible ordenarle a ninguno de mis hombres venir a mi camarote, pedirle que se desnude, ni que acepte, inmóvil, que lo lave con la lengua, mordiendo levemente su carne, temblando con el apetito de su piel.

¿Y si no hay sabor?

Eso querría decir que alguien más lo salvó de la sal.

Entonces tendría que pedir cuentas, exigir disciplina: que conserven su sal para mí, su sexo cálido.

Pero no puedo pedir cuentas.

No cuando el tiempo es tan largo, y el viento inmóvil nos obliga a permanecer bajo el sol, midiendo las horas por el sudor lento que perdemos.

A lo lejos es posible ver el horizonte moverse, un espejismo inútil: agua en medio del agua, hirviente.

En esos momentos no es difícil imaginar que ardemos ahí.

¿Cómo negarles nada si las aguas nos niegan todo en ese momento?

¿No es mejor saber que se sació un hambre inmemorial, que se ofreció uno —enteramente libre— a un apetito que nos crea al devorarnos?

Sus cuerpos son suyos.

No míos ni de los posibles amantes.

Suyos el sudor, y a quien se lo brindan.

La sal de la vida…

Es en esos momentos cuando añoro las rutas heladas. El golfo de Botnia, el mar Báltico, el mar del Norte.

Las habitaciones de la tripulación cerradas rigurosamente. Ocultos en mantas y abrigos. Bajo sitio, tratando de impedir la entrada del eterno, indiferente frío. Podemos deslizarnos sobre él, o morir en él, sin que le importe.

Los capitanes atrapados en el súbito hielo, escuchando cómo sus embarcaciones son abiertas por las agujas heladas, al metal ceder, doblarse ante el peso de un millón de filos transparentes, no se les puede convencer de que el frío no es un enemigo.

He visto el hielo formarse en el horizonte, las enormes islas sin tierra derivando lejos de nuestra ruta. El invierno, la nieve son ciclos que no tienen que ver con los barcos que cruzan su camino.

Las auroras boreales se encienden y arden aunque nadie las vea.

El hielo es para otros seres, un ciclo y una razón para ojos ajenos a nosotros.

La indiferencia de Dios, murmurada por el mundo.

El frío sólo se tiene a sí mismo, pero el calor exige que participemos en él.

Podemos refugiarnos de la helada, no nos pertenece, cubrirnos de pieles y acercarnos al fuego.

Pero ¿qué hacer cuando el calor viene de nosotros?

En las horas muertas podemos sentir la sangre como un sudor dentro del cuerpo, mar cálido anidado bajo nuestra carne, la piel afiebrada, palpitante.

¿De qué manera abrigarnos de lo que corre dentro de nosotros?

Quien muere congelado se desprende de su cuerpo, lo abandona en medio de un sueño misericordioso.

Quien muere por fuego es atrapado por su carne hirviente hasta el último instante, grita hasta que la muerte es un bálsamo.

Es el tipo de cosas que se piensan bajo el sol inmóvil, cuando la sombra que brinda la goleta es también una sombra cálida. El vapor sube de las aguas, el bochorno nos persigue.

Entonces, qué maravilloso andar desnudos.

Pero la carne se fragmenta bajo el sol, y aparecen las primeras grietas, las llagas que lame la sal.

Por ello debo prohibirlo, ordenar que se pongan las ropas ácidas, astringentes camisas, los pantalones crepitantes.

Les pido que se encierren con el bochorno bajo las telas.

Ni siquiera dentro del barco puedo disfrutar con la visión de sus cuerpos. Los miro demasiado fijamente y ellos lo interpretan como otra orden y se cuadran a su pesar y se visten a mi pesar.

El sudor (¿podría ser de otro modo?) me hace imaginar músculos firmes, las líneas de las venas.

Me preguntan por qué escojo hombres de determinadas tierras, por qué trabajan conmigo marineros de acentos exóticos.

No puedo decirles que no me interesa de dónde vengan, ni su raza, ni las palabras que anidan en sus lenguas.

Busco cuerpos lampiños, músculos por donde pueda correr libremente el sudor, líquido recorriendo, deslizante.

Por ello soy muy estricto con la ropa.

Porque sé que bajo ella casi no hay vello, nada que estorbe a las caricias húmedas, a los dedos dibujando sobre ellos el deseo.

A los ojos que también parecen tocar el camino de la sal.

Por ello abandoné la ruta helada, los mares de hielo, el azul oscuro.

Fue una mala decisión.

Pero lo sabía desde el principio.

El sol seca a los hombres, abrumándolos con su peso. Los hace conscientes de sí mismos, de que nadan en la atmósfera hirviente.

Su carne, podría decirse, a flor de piel. Siempre presente, susurrando sus apetitos.

Pero también una prisión.

Por ello, en los pocos puertos helados que toca nuestra ruta dejamos una guardia escasa en el *Deméter,* y buscamos casas de piedra donde pueda respirarse el frío.

Territorio nuestro: límite entre la carne y mundo. Frío afuera, nosotros dentro de nuestra piel.

Y aun ahí, después del sol hirviente, añoramos el fuego.

Buscamos, entonces, el calor de otras pieles y la sal ajena.

Mi tripulación me convida con vino, y cerveza y a veces sacrifica parte de su paga para comprarme mujeres como a ellos les gustan.

Yo escojo las más jóvenes, las de pechos planos, que parecen más niños que hembras. Entre más blancas, mejor.

Pero son caras, y yo no me animo a comprarlas por mí mismo.

Horas en las que cierro los ojos e imagino que son otros labios quienes producen las caricias. Les pido que no hablen, que dejen de ser, para que mi fantasía las cubra con otras carnes y pueda tener un orgasmo débil, tembloroso, casi escapando de mí, derramándose como arena.

Las rameras que buscan a las tripulaciones no ignoran que en las horas inmóviles sobre las aguas, cuando no hay más que la certeza de estar en medio de la noche, y la respiración del resto de los marinos, uno buscará, tarde o temprano, el sabor de la sal entre los muslos.

Por ello también venden a sus hijos.

Hijos devastados, como ellas mismas; hermosos sólo para

hombres recién desembarcados, con la vista casi quemada por el sol, y nublada por la bebida.

Los marineros compran esos hijos, ¿por qué no? No es ningún secreto.

En las islas se venden más baratos, y no es raro encontrarlos en los puertos de nuestra ruta.

¿No es acaso Grecia famosa por ello?

Pero yo no los compro. Me quedo con mis hombres fingiendo ver mujeres y hablando de anécdotas que a nadie importan.

No puedo comprarlos.

No cuando acompaño a las tripulaciones.

Soy el capitán, y soy el que decide sobre las vidas de mis hombres.

Mis hombres.

En la ruta de la sal es más sencillo el asesinato, la intriga. Los músculos arden y buscan que el ardor tenga un significado: moverse, estrellarse contra algo, actuar.

¿Contra qué?, ¿contra quién en la inmovilidad?

En mi goleta no deben existir favoritismos.

Por ello no escojo a nadie, no comparto las guardias con quienes me agradan, no los dejo andar desnudos.

No me atrevo.

Por eso es tan difícil encontrar tripulaciones: hombres lampiños de países helados.

Prefiero que el calor los amodorre, que sea una pesada manta sobre sus cabezas. No quiero hombres acostumbrados al calor, cuya piel morena sea capaz de enfrentarse al mediodía.

No deseo que se rían de mis órdenes de vestirse.

No podría apartarme de ellos, no podría dejar de buscar el sabor oculto dentro de sus cuerpos.

La sal de su semen.

Las tripulaciones vienen y van. En cada viaje un hombre nuevo, alguien que se marcha.

Hacen bien. No soy un buen capitán. Muchas cosas me distraen.

Están incómodos conmigo y en una goleta no hay espacio suficiente para ocultar el hastío.

En Varna pensé que perdería a toda mi tripulación. Después de servir durante tanto tiempo en las Espóradas del mar Egeo, y surtir a las islas del Dodecaneso, deberían estar hartos del calor, de mí, del viejo *Deméter* atracado tantos días inútiles en el puerto de Rodas.

El mar Negro debió recordarles que eran hombres de tierras frías, conocedores más de puertos como Odesa, Sebastopol, Soch, Batumi, que de islas con nombres extraños: Schinusa, Nisiros, Laconia, Kálimnos.

Sé (¿cómo no saberlo?) que desean mujeres de piel blanca, con idiomas comunes, con recuerdos de la tierra helada, del crujir del hielo en las tormentas.

¿Qué podrían saber las mujeres de las islas griegas de la gimiente Baba Yaga, en medio del bosque y la nieve, sobre infinitamente delgadas patas de pollo? Nada. Las mujeres oscuras acostumbran sonreír ante esa imagen y son incapaces de proteger a los marinos del miedo que los susurros maternos les han heredado en las infinitas horas del invierno.

Debieron irse a buscar esos cuerpos blancos, los comunes recuerdos del hielo; pero se quedaron, casi todos, conmigo.

Llegamos a Bulgaria y ellos bajaron a tierra y no pidieron algunas monedas extras mientras encontraban otro barco.

Pasan sus horas en las tabernas mientras los dueños del *Deméter* organizan otra ruta para nosotros.

Cuando sea hora de zarpar regresarán a la goleta como si fuera lo único suyo en tanta tierra extranjera.

No se quedaron por mí, por amor a este viejo barco.

Simplemente es difícil encontrar otros trabajos.

Me hubiera gustado que se fueran.

Con cada marino que viaja conmigo por primera vez existe una posibilidad.

Siempre es necesaria sangre nueva.

***

Al anochecer, llegó un grupo de *szaganys* al puerto.

Gitanos de ropas bastas y movimientos lentos, con las manos

llenas de grietas y los ojos quemados por el resplandor de la nieve.

Llegaron en medio del fragor de sus monturas, intercambiando insultos en un idioma que sonaba duro aún en medio de los gritos y las blasfemias de los hombres del puerto.

No eran nómadas. Sus caballos llevaban atados al cinto únicamente armas: sables, cuchillos, pesados rifles de un solo disparo. No había mantas, ningún instrumento para preparar la carne de la caza.

Deben volver a algún lado después de que entreguen el cargamento de los pesados carros que los siguen.

El puerto les desagrada y los atrae de la misma forma. Ven los barcos que se balancean en las fétidas aguas como yo veo a mis tripulaciones.

Son vehículos hacia algún sitio ignoto, desconocido en sus posibilidades y por ello atemorizante y lleno de promesas.

Dejan los caballos cerca (sin vigilancia ¿quién va a atreverse a tomar algo de ellos?, ¿quién va a desafiar su acero?), y miran el mar negro del muelle.

En sus ojos: desconfianza a la madera anclada del lugar.

Son gente de tierra, la desafían sobre sus monturas, recorren sus caminos como la piel de sus amantes: pieles ásperas y oscuras como la de ellos mismos.

Una raza viajera, aman las distancias como yo el camino de la sal.

Pero éstos se han quedado por razones que no comprendo.

Tratan a la carga con un cuidado que no tiene cabida en su forma de ser, tocan las cajas como si éstas pudieran apreciar esa delicadeza que se exigen a sí mismos.

Casi una caricia, con el gesto temeroso de ciegos cerca del fuego.

¿Qué tanto aproximarse sin peligro, qué tan cerca antes de que el placer se vuelva feroz ataque de lo cálido?

Un hombre custodia a los que trabajan, no los protege, cada uno, aun en las pesadas labores de la estibación, conserva consigo un sable largo, preparados siempre para la violencia.

El hombre está encargado de mirar a los extraños con ojos

torvos, representa un mensaje dado a los que observan:

No se atrevan a llamarnos siervos.

La forma en que aferran la empuñadura de sus espadas da a entender que éstos no son simples filos en su mano: son extensiones de su furia. Pueden hendir el aire con ellas del mismo modo con que los marineros aprietan los puños o se lanzan injurias: sin ningún esfuerzo, tan natural y sencillo como respirar.

Han matado.

Han muerto matando.

Sólo basta verlos para saberlo.

Están descargando pesadas cajas en mi barco, lanzándose maldiciones en una lengua antigua que sólo ellos conocen, ajenos y densos como una amenaza.

Y a pesar de ello, son siervos.

Siervos salvajes de algún noble boyardo.

Noble...

Un señor tan salvaje como ellos mismos. Más aún, ya que los ha avasallado.

¿Qué pudo ofrecerles a quienes arrancan de la tierra lo que necesitan?, ¿a una raza orgullosa que no teme morir?

Algo más que la muerte.

Posiblemente una muerte diferente. Tal vez los ha seducido ofreciéndoles algo más salvaje que sus propias vidas.

¿En las estepas de Valaquia aún hay invasiones, *voedods,* señores guerreros incendiando castillos, avanzando con sus hordas por la nieve oscura?

¿Qué tienen que ver estos hombres con el *Deméter?* ¿Con las órdenes pulcramente firmadas por los armadores de mi barco? ¿Un noble boyardo dueño de un ejército de *szaganys*, con S. F. Billington, abogado de Inglaterra?

No es mi papel averiguarlo.

Únicamente transportar las cajas que van amontonando en la bodega.

Los veo trabajar, sin decir nada. No comprendo por qué deben descargar la mercancía sólo de noche. Pareceríamos contrabandistas si no es porque la gente de Varna revisa cada

caja, busca minuciosamente irregularidades en los papeles. No importa que no haya nada fuera de lugar, lo encontrarán y pedirán el pequeño soborno que consideran merecido por hurgar en la carga, soportar el frío y ver acercarse la niebla durante la bajamar como si trajera algo en su interior.

Me pregunto cómo les dirán a los zíngaros que deben pagarles por algún detalle insignificante.

¿Se atreverán?

Pero aquello sucede en tierra.

Mientras, yo espero sobre mi barco, silencioso.

Tal vez creo que ellos suponen que mi silencio tiene algún significado.

Tal vez lo tenga.

Me miran, pasan junto a mí, pero no tratan de amenazarme con su presencia.

Saben que soy el noble boyardo de mi barco, el dueño absoluto del territorio que delimitan las maderas de la goleta.

Me respetan por eso.

Dueño de un territorio móvil.

Están dentro de mis fronteras. Les fue ordenado que entraran. No saben dónde están mis guerreros, si esperan en algún escondrijo conocido sólo por mí. Esta tierra es mía y míos sus secretos.

Podría ordenar su muerte y ellos no discutirían la justicia de este hecho.

Su mundo no funciona así.

Son gitanos esclavos, aunque no se dijera que lo fuesen. Ofrecieron sus destinos y el de los suyos a un Señor.

Los miro trabajar y me pregunto qué órdenes cumplirían o dejarían de cumplir.

¿Qué tan dueño de sus vidas era su Amo?

¿Si él se los pidiera, matarían a sus hijos… caerían sobre sus espadas, abrirían sus carnes para él?

¿Se quedarían inmóviles si él llegara con un arma, con el sexo listo para penetrarlos?

Me ven mirarlos.

¿Creen que lo mismo puedo hacer con mis marinos?, ¿que

recorro mis tierras sin más freno que mis deseos, y puedo jugar con sus vidas y sus muertes?

¿Qué tan esclavos son?

Deben entregar la carga… ¿a qué costo?

Sin saber por qué, sin poderlo evitar me acerco a ellos.

Tengo que tocarlos.

De ser un boyardo, ellos deberían ser instrumentos. Los observo como si fueran cosas.

No lo son. Son carne viva, movimiento, sudor cálido…

Pero sus decisiones ya no son suyas. *Títeres* de rostros firmes, de cuellos desnudos que se tensan mientras trabajan, que remarcan su piel, que me invitan…

Me acerco a uno de ellos y toco su cuello porque no tiene expresión alguna; tosco, fibroso de músculos, tenso, sólo me dice que es fuerte.

Es como tocar madera grasienta, el calor húmedo del trabajo bajo mi palma.

Lo acaricio, dejo que mis dedos recorran con delicadeza esa piel.

Es el momento exacto para que el *szagany* aparte mi mano de un golpe, para que empuñe su acero y corte mi cuello.

Debería ser el instante en que yo tuviera miedo.

Y lo tengo, de la desesperación con que mi mano toca esa piel, del hambre de mis dedos, de la erección que despierta en mí.

La piel bajo mi palma también se estremece, se tensa y aparta como si yo trasmitiera frío, como si lo hubiera tocado una estatua viva.

El placer y el temor a veces se parecen tanto.

Alza los ojos hacia mí.

Leo en ellos sin comprender.

Avanza, detente.

No se ha apartado, no ha hecho nada ni lo hace mientras me inclino lentamente hacia él.

Un músculo salta en su rostro, sólo uno y se hunde en su carne como si tratara de huir de mí.

Boyardo.

Voivode.

Amo…

Acerco mis labios a su cuello y toco su sal.

La lengua un filo, un dedo corto que hurga en su piel. Áspera, terrosa, astringente. En ese segundo, mía. La abarco con mi boca, lo saboreo íntimamente, me aparto lentamente, dejando que mis labios lo acaricien, un círculo sobre sus músculos, cada vez más pequeño, hasta que me alejo dejando un pequeño rastro de saliva.

Sigo ahí, la saliva insiste en el cuello de ese hombre que sigo ahí.

Pero sólo está mi mano, aferrándolo.

Puedo ver cómo el zíngaro se apoya en la caja que momentos antes empujara. Le tiemblan las piernas.

No por la humillación. Saben qué hacer con quien los humilla. Su acero ha aprendido a saberlo.

Los demás nos miran y en sus ojos no existe ningún mensaje, nada, como si vieran la nieve cayendo sobre ellos, el alud que no pueden detener y, de alguna manera, es parte de sus vidas: el hecho inamovible.

Injuzgable.

Lo que ha sucedido entre ese zíngaro y yo nos ha unido a sus ojos. Somos parte de un rito del cual ellos no toman parte.

Un rito que yo no comprendo, a pesar de que lo he iniciado.

No puedo entenderlo, tengo en mi lengua el sabor de una piel desconocida, y es amargo y dulce al mismo tiempo. Recorro con la palma lentamente el cuello del hombre como si acariciara el belfo de un caballo. Después me retiro.

El zíngaro musita algo, y continúa su trabajo. Todos ellos. Nadie se aparta de él cuando se acerca.

No lo he manchado con mi caricia, ese hombre ha salido limpio de mis labios.

¿La orden de su Amo puede librarlos de culpas?

¿O lo que pasó es infinitamente menor a lo que esperaban?

¿Habría habido la misma indiferencia si le hubiera cortado el cuello?

Una vez, sólo una vez, se voltean a verme.

El noble boyardo del *Deméter*.

Quisiera creerlo…

***

Cuando el viento muerde las velas, y la madera se afianza en el agua, sin ataduras de ningún tipo, libre de las olas que golpean el puerto, en ese momento sé que hemos empezado el viaje.

Marco en la bitácora: *seis de julio* y esa fecha no dice nada. *12:00 en punto, con un frío viento del este*. Sólo datos.

No un cielo gris, no el mar de color acero rodeado de una niebla pertinaz que no debería estar ahí al mediodía. No los gritos de mis marinos mientras trabajan con las velas.

Hechos de tinta, sin significado real.

La tripulación consta de cinco hombres, dos oficiales de cubierta, el cocinero y yo.

Hombres de Rusia, Vojvodina, Eslovenia, Dalmacia y Rumania.

Salimos del puerto de Varna, adentrándonos en el mar Negro, en una ruta que nos sacará de Oriente, para atravesar el mar Egeo, el Mediterráneo, recorriendo toda Europa para atracar finalmente en Inglaterra.

La ruta del hielo y la sal.

Los gitanos, sobre sus monturas, vigilaban nuestros movimientos, los de todos aquellos que se quedaban en tierra. En sus manos oscuras las armas desenfundadas, listas ya, como si esperaran que alguien intentara detenernos, preparados para rechazar cualquier ataque, dispuestos a ofrecer su sangre a cambio de nuestra salida.

Una guardia de honor: demasiado para custodiar sólo unas cajas de arcilla y tierra.

¿Qué órdenes recibieron exactamente?

El segundo oficial, Muresh, oyó decir que los gitanos habían llegado al medio día de ayer a Varna, que se quedaron de pie en la entrada del puerto, bajo el sol, durante horas, indiferentes al lento pasar de hombres y animales que los rozaban incesantemente.

Los hombres de las llanuras, del horizonte helado, odian que carne ajena los toque, y —sin embargo— se mantuvieron ahí esperando la noche para entregar la carga.

¿Por qué?

El hombre que los comandaba me miró a los ojos un segundo antes de zarpar.

El que tocara a uno de los suyos era una afrenta. El que no pudiera tomar venganza, un estigma mayor.

Les había llamado esclavos, siervos.

Y mi sangre se les había escapado.

Me vieron con un odio infinito y en él pude ver la tierra libre que habían perdido, las vidas sin sombras que ofrecieron a cambio de algo mucho más valioso que el orgullo que siempre ha sido su único sustento en tanta tierra que nunca fue suya.

El *szagany* descubrió su cuello con un leve gesto de reto.

Tal vez diciéndome que si su amo no les hubiera dicho que esas cajas debían de zarpar, yo estaría muerto por tocar a uno de sus hombres.

O, quizás, el mensaje fuera diferente, posiblemente me dijera que el sabor de sus pieles era derecho de otro.

No de ellos, nunca de ellos.

Pero mientras no lo reclamara quien tuviera dominio de él, les pertenecía por completo.

En cuanto dejamos el puerto y las amarras fueron recogidas, cuando quedó claro que su misión había terminado, el zíngaro gritó algo, una frase.

Su voz llegó a mí desprovista de énfasis. Tal vez un mensaje, una explicación, un insulto, una terrible verdad.

—*Denn die Todten reiten schnell.*

Después espoloneó a los caballos, y él y sus hombres se alejaron al galope.

Porque los muertos van de prisa.

***

El mundo se ha reducido al hacerse inmenso.

Hemos dejado atrás la costa, y el horizonte sólo está

compuesto por mar y cielo.

Cielo gris sin límites, mar oscuro sin fondo.

Es posible perderse en ellos. Todos lo sabemos. Guardamos, sin saber por qué, el nombre y los datos de tripulaciones que finalmente atracaron en el fondo de las aguas.

Estamos solos con nuestra goleta.

Nos cubrilmos del infinito con la madera del barco, con las velas y las cuerdas vibrantes que se aferran al viento. Con nuestros músculos bajo el sol, y las órdenes vociferantes del primer oficial.

Revisamos la carga, y apretamos las tensas cuerdas como si pudiéramos afianzar nuestra posición, la certeza de que permaneceremos aquí, a pesar de que las proporciones de lo que nos rodea nos remarcan su indiferencia.

Lo recordamos entonces.

Siempre tarde.

El mundo es esto: estos hombres, la cubierta, la bodega, las amuras, las escotillas, los camarotes.

Hemos reducido el universo a lo que se encuentra entre la roda y el codaste.

Caer al agua es abandonar el mundo.

Y que el mundo nos abandone también es inimaginable.

Debe permanecer, seguir con nosotros. La goleta está asentada firmemente en la seguridad de que siempre estará aquí; que naufrague, que las aguas penetren a su interior, es tan inconcebible como que el cielo se agriete y la nada entre a borbotones al mundo.

Pero ha pasado.

Barcos convirtiéndose en coral, hombres alimentando peces jamás iluminados por el sol.

Pero no hablo de ello, no lo apunto en la tinta fresca.

La bitácora tampoco es una compañía.

La escribo para los armadores, y los hombres que hereden este barco cuando me retire.

La voz que le ofrezco a la memoria del viaje es diferente, leerla es conocer a otro hombre que también soy yo. Un hombre que sólo habla de hechos, de detalles sin significado alguno.

Al atardecer subo a cubierta, y escucho hablar a los hombres que se quedaron de guardia. No lo hacen porque tengan algo interesante que decirse, pero el silencio pesa cuando lo sabemos más grande que nosotros.

El *Deméter* habla, conocemos su idioma, su charla de crujidos, de susurros, su seco lenguaje de madera. Su voz es para nosotros, la convocamos al enfrentarla con el viento, al marcarle una ruta.

Me dice que todo está bien, que dejamos atrás nudos, millas, kilómetros, que avanza hacia las costas de Turquía como si hubiera algo que deseáramos ahí.

***

La primera noche.

El trabajo realizado ya, un hombre al timón, posiblemente Acketz, rodeado de lámparas encendidas que iluminan esa inmensa oscuridad sobre la que navegamos. La cena dentro de nosotros, aún cálida, con gusto de reciente, el agua sin sabor alguno y el pan fresco.

Nosotros flotando en nuestras camas, sobre la fatiga en la cual podemos hundirnos, aferrados a las mantas para no ahogarnos en sueños.

No hay más sonido que las olas allá a fuera, y el chasquido del velamen, el lento gemir de la madera que lucha por mantenerse unida. Más cerca aún, una respiración, la única en este camarote.

Yo.

El frío entra ininterrumpidamente desde la puerta abierta. El lento movimiento de la goleta hace que la puerta se abra y cierre casi sin ningún sonido. Un ojo que parpadea. ¿Qué ve? Un hombre sin poder dormir, un pasillo oscuro.

En otro lugar, un ojo diferente mira a la tripulación, sumergidos en el calor de su fatiga, el aroma de sus cuerpos, una niebla cálida en la cual nadie hurga.

Pongo mi mano sobre mi boca, abro lentamente los labios, humedeciéndola.

Siento la barba que nace, la piel áspera, mi saliva.

Aprieto lentamente mis pómulos.

Si mi mano fuera libre, si no hubiera una voluntad dirigiéndola…

Soy dos pieles: la que recorre y la que espera.

Pero ambas son ninguna, porque sé quién las maneja.

A veces, casi en el sueño, imagino que alzo mis manos y puedo hundirlas en la noche. Si cierro las palmas, casi puedo sentirla deslizarse entre mis dedos como un aceite lento…

No hay forma de apresarla, de arrancar un trozo. No quiero. Sólo sentirla.

Hundo los rasgos en ella: un aliento sin vida al otro lado del rostro, una boca enorme que me absorbe.

Abro los labios, deseando ahogarme en las sensaciones.

La oscuridad es un todo, no partes, ni miembros. Un cuerpo en sí, ininterrumpido.

Aparto las sábanas de golpe, impaciente arranco las ropas de mi cuerpo, con ellas se va el calor que he anidado.

Arqueo la espalda sobre mi camastro, puedo sentir la tela basta bajo mi espalda, pero no importa, sólo mi pecho al sumergirse en la noche, el lento líquido deslizándose, un aliento helado recorriendo los músculos, presente en las tetillas.

Hundo mi sexo en esa carne oscura que no se aparta, ni se abre, o palpita en mi entrada, ni me humedece.

Me hundo en la nada, mientras mi propio sexo, al crecer, es quien aparta la piel que lo cubre, como si tuviera voluntad propia, como si una mano invisible retirara suavemente la piel oscura.

La sensación de hielo no es una caricia, es algo que le sucede a otro, que no tiene que ver conmigo. Como no lo tiene el órgano vibrante. Estéril en la nada, abandonado en el silencio.

Nada lo roza, nada lo toca, y aun así crece, aun así puedo sentirlo tenso en su propia piel, como si se preparara a abrirla, a desgarrarse a sí mismo en la espera.

No puedo mantenerme mucho tiempo en esa posición, me dejo caer en la cama, en la realidad.

Me toco, buscando un líquido que no existe, el frío del aceite: pero sólo está mi piel, que sigue siendo ninguna piel, sólo

aquello que cubre mi cuerpo. Una sábana viva.

Toco mi sexo.

Tan sensible que me estremezco, los dedos en la base, en la piel arrugada, en el humedecido prepucio que espera en vano. No me acaricio.

¿Para qué?

Me he apartado de las sensaciones, y lo único que sucede son los minutos.

Todas las primeras noches son iguales.

***

No esta noche.

No cierro los ojos, no dejo que el sueño llegue a mí.

Y sin embargo los párpados se cierran por sí mismos, como si una mano invisible los obligara a ello.

Dormir es abandonarnos a la oscuridad.

A mi alrededor los ruidos comunes, el mar tras la madera, yo. Un barco en la nada.

Siento que algo, alguien, *entra al camarote. ¿No es por ello que nunca cierro mi puerta?*

Espero.

Yo, convertido en siervo de otra piel que me deje libre de culpas.

No haré nada, no me moveré siquiera hasta que esos otros labios empiecen a tocarme.

Pero no me tocan.

Quisiera abrir los ojos, ver quién está en el quicio de mi puerta.

Debe de haber viento allá afuera, siento que una corriente de frío envuelve al visitante.

Casi puedo sentir su silueta helada, esperando.

Pero puede ser un sueño esos pasos deslizantes, el susurro de finas telas a mi alrededor, el leve pero inconfundible olor a tierra, pero también a ropa fresca, que no se ha humedecido un millón de veces.

Los labios tocando mis labios, deslizantes, con esa humedad densa que sólo tiene el semen o la sangre.

Debe de ser un sueño, porque esos labios están muertos.

Los isleños de la isla de Tera dicen que los vrykolakas *llegan así,*

con pasos lentos y delicados, furtivos, tratando de que las garras de sus pies no raspen la madera, no despierten a quienes acechan con ojos incandescentes.

Cuando están a su lado extienden un brazo increíblemente largo y se apoyan en el techo, en cualquier lugar que soporte su peso, y entonces se aferran a su asidero, penden sobre el durmiente para posarse sobre él con una delicadeza infinita, no deseando despertarlo, que abra los ojos para enfrentarse a su cara negra.

Como una caricia se posan en el pecho, se agazapan encima de él, entierran sus uñas en la carne fresca de su víctima.

Se quedan ahí, robándole el aire, dejando caer inexorable su peso sucesivo, soltándose del asidero para asentarse firmemente en los sueños del que duerme.

Es el momento de robar el alma. Cuando abandonamos al cuerpo para que se las arregle por sí mismo en las horas nocturnas, dejando atrás los apetitos concretos de la carne.

El sueño que producen los vrykolakas *es pesado y denso, opresivo.*

Quien es víctima de él sueña en aguas oscuras que lo apartan del mundo, y pesadas sombras que saben demasiado, en los pecados que es imposible perdonarse uno mismo y nos miran con caras negras y ojos incandescentes.

El marino de Tera lo dijo:

"Los vrykolakas *son los suicidas, los apóstatas, los excomulgados, quienes tocaron la magia oscura, aquellos que dejaron que un gato pasara sobre su cadáver, los muertos violentamente, los asesinados sin venganza, los concebidos en las Fiestas Mayores, aquellos que han comido carne de ovejas muertas por lobo, quienes vivieron inmoralmente."*

Somos todos.

Fui yo.

En las aguas oscuras del sueño me acerqué, como lo hice en la realidad, a un hombre dormido en mi cama.

No lo había invitado a ella, no se recostó en ese lecho tibio por mí, para darme caricias o placer.

Estaba, simplemente, y yo no podía hacer nada por ello. Era un niño.

Casi un niño.

Mi sexo sobresalía de las ropas mientras me acercaba a ese desconocido.

Nos lo presentaron, dijeron que era nuestro primo Mijaíl.

Pero era mentira.

Mijaíl estaba ahí por motivos que no comprendíamos, su presencia era el pago de alguna secreta deuda. Alguien que ocultábamos sin saber por qué.

¿Quién les explica las cosas a los niños?

Sólo debían aceptarlas. Y mi cuerpo las aceptaba, estuvo de acuerdo en albergar al intruso en la intimidad de las sábanas.

Con un precio…

El sueño alimentándose de los recuerdos, de esa noche en que me acerqué a ese desconocido, a la figura oculta bajo sábanas, castañeteando mis dientes por un deseo combinado a partes iguales con el miedo, con el extraño poder del cual había pasado a ser dueño.

Él necesitaba el refugio.

La sensación de que algo fundamental iba a cambiar desde el instante en que decidí apretar mi cuerpo desnudo contra el intruso.

Acercándome…

No con miedo de despertarlo sino lenta, sinuosamente.

Que me escuchara, que supiera que estaba ahí, que aquilatara el valor de su seguridad.

Una figura bajo sábanas, un joven oculto entra ellas, con ropas ásperas que debería apartar, botones y lazos entre él y mis manos; lana vieja, pieles de animales muertos ocultando su piel viva. Yo mismo oculto en la ropa. Sólo mi sexo era libre como deseaba que nuestros cuerpos lo fueran.

Pero en el sueño pesado del vrykolaka *algo había cambiado, las imágenes eran distintas.*

Vivía una nueva realidad.

Me acercaba a esa cama y sabía que la forma oculta bajo las sábanas no era la de un hombre.

Había algo erróneo en ella, un detalle que no era natural.

Eso *estaba despierto, inquieto, moviéndose como si la sábana fuera la delgada membrana de un huevo roto, una telaraña que ese*

ser estuviera preparando, parte integral de la cosa que me aguardaba ahí, hambrienta.

Y a la vez que lo sabía, lo ignoraba.

Me dirigí a ello como si todavía fuera Mijaíl, y yo ahí, erecto, acercándome.

Toqué la sábana.

Más que tibia, febril, palpitante, la empecé a apartar porque no podía dejar de hacerlo.

Una rata.

Lo que estaba ahí era una rata atrapada bajo las ropas de cama, frenética por escapar. Rata de barco, gorda y peligrosa, sin miedo a los marinos y a las varas, enorme, como dicen que crecen las de los grandes buques, casi sin patas porque no les son necesarias entre tanto alimento, con dientes enormes y ojos enloquecidos.

Una rata dispuesta a saltar sobre lo que fuera.

Y yo, con el deseo apretando mi pecho, desconociendo el peligro, acercando mi sexo al ser.

Apartando las sábanas de golpe...

Un súbito movimiento hacia mi pene, y antes de despertar, de encontrarme gritando, el dolor inmediato, terrible.

Miré mi entrepierna esperando encontrar sangre, colgantes hileras de carne.

Sólo una mancha blanca, el aroma polvoso de mi semen.

***

Salir al sol es una necesidad, sin importar que la bruma del amanecer conserve algo de oscuridad y mar en su interior.

Salir al gris desvaneciéndose.

Miro las aguas y no son diferentes a la niebla que me rodea. El amanecer a lo lejos, como si no tuviera nada que ver con nosotros.

Las aguas empiezan a perder consistencia, no son ya sombras líquidas bajo el *Deméter* sino profundidades, abismo sobre el que navegamos.

Joachim está al timón, vigilante, y Acketz en las amuras revisa algo. Demasiado activos a pesar de que se acerca el

cambio de guardia.

Deberían estar casi inmóviles, añorando el calor de las frazadas, un trago de ron dentro de ellos, deseando una piel viva y desnuda para librarlos del frío en los huesos, de la humedad que la vigilia ha puesto bajo sus ropas.

Pero trabajan bajo el peso de la mirada vigilante del primer oficial.

Le temen. Saben que Vlahutza cree firmemente que el dolor es el mejor argumento.

Lo miran de reojo, esperando que también esté cansado, que las horas nocturnas hayan hecho mella en él.

Pero el rumano camina por el puente como si nunca fuera a cansarse.

Parece un capitán, más que yo.

Está bien abrigado, pero sus ropas no se han amontonado sobre su cuerpo: disciplinadas lo cubren, y muestran su aspecto marcialmente. La camisa aferrada a los hombros, marcando los fuertes pectorales, los anchos brazos, el enorme cuello; el pantalón rodeando sus piernas, terminando en el interior de las botas de piel, abrazando las delgadas caderas, señalando apenas el bulto del sexo.

Se ve bien.

No se oculta en su abrigo, lo lleva con él, es un instrumento para defenderse del clima, como instrumentos son también su sangre caliente, su fuerza, los duros músculos que se tensan.

Su ropa no es un montón de pieles sobre un cuerpo cualquiera. Repito, no es yo.

Al verme me saluda con un gesto corto. No es que desee saludarme, es que soy el capitán y es su deber.

Cree en la cadena de mando, en que hay una lógica en las asignaciones.

Los capitanes acostumbran decir en las tabernas: “En el barco, después de mí, sólo está Dios. Pero mientras Dios no se acerque yo soy el que manda”.

Cree en los signos de los uniformes que casi nunca usamos.

Soy el capitán de la goleta y después de mí, sólo está Dios, pero antes del capitán está él.

Sólo le faltan dos escaños para ser Dios.

Miro su rostro. Fuerte y firme. El frío le ha puesto la piel roja, bajo su barba es posible adivinar una cara aún fresca. No es más que el cuarto día de navegación, y el *Deméter* se desliza sin problemas por las aguas.

Me gusta su rostro, las mandíbulas firmes, ese músculo que se marca en sus mejillas cuando algo lo molesta.

Es piedra, roca. Lo sé.

Quisiera penetrar esa dureza, entrar en su cálido interior, eyacular dentro de él buscando diluir la arena que lo compone.

No ignoro que puede matarme si lo intento.

En el barco que es su cuerpo, después de él ni siquiera está Dios.

No sé si disfruta de las mujeres que compra. Lo he visto apartarlas de la taberna casi con indiferencia.

La cadena de mando, las insignias: él tiene el dinero que ellas desean, ellas tienen el sexo que él ocupará. Ofrece al mismo tiempo las monedas de cobre y su semen.

Las caricias que hace frente a los otros marineros no son para excitarlo o para complacerlas a ellas: es una manera de decirnos que el trato está hecho.

Besos pesados, lenguas abriendo labios sin que sea divertido para ninguno de los dos. Forcejeos pesados para palpar su mercancía.

—Capitán —dice cuando subo al puente.

—Vlahutza.

Me mira atentamente, tal vez preguntándose si había despertado gritando de otra pesadilla, como la primera noche.

Con un gesto afirmé que no, pero grité. No sé si en la vigilia o en el sueño. Mi garganta está seca y me arde, pero ello no demuestra nada. El miedo desparrama sal en los pulmones, seca la boca, amarga la saliva.

Miro la cubierta como cerciorándome del orden de todo, que él ha hecho bien su trabajo nocturno.

Casi despreciativo. No tiene caso demostrarle que el mismo temor que infunde a los marinos, lo sufre su capitán.

***

Recorro la goleta acariciando su madera, con miedo a que se convierta en polvo entre mis dedos, el tocar la frágil membrana de un sueño, rompiéndola y descubrir que me encuentro despierto entre las aguas y el *Deméter* no es más que la hermosa fantasía de un hombre que se ahoga.

No hay más que el áspero susurro de mis dedos recorriendo las vetas, los huecos, las marcas en la carne del barco.

¿Estás bien?

Pero uno no puede preguntarle eso a las cosas inanimadas, a los cadáveres sobre los que recorremos el mundo.

Uno debe revisar cada cuerda, tocar las velas, escuchar el ritmo preciso de la embarcación. Certificar que en la obra muerta no esté penetrando el mar oscuro, que no haya más vía de agua que nuestra ansiedad.

Miro el cielo sobre nuestras cabezas, buscando.

La sensación de que algo está mal, de que hay algo errado en nuestro barco, de que las cosas no son como deberían ser.

Pero nunca lo son.

Y en el cielo no hay nada. Ni siquiera los *strigoi* bajando en busca de carne viva. Los demoniacos pájaros de la noche, me dijo una vez Vlahutza, burlándose de ello. De su padre que se untaba ajo en la carne para ahuyentarlos, para que esa inimaginable oscuridad en forma de ave no se lo llevara.

“No tienen cuerpo —le dijo—, no deberían poder aferrar nada, son noche, simplemente, agujeros en la realidad, y no desean más que un poco de sangre, y los que sobreviven a ellos conservan heridas negras que, dicen, sólo trasmiten frío.”

“Únicamente aparecen después del atardecer, en el océano de la oscuridad, una oscuridad que avanza con hambre…, que busca carne humana, y la puesta del sol puede verse como una inundación de esas aves.”

La noche, un sólo *strigoi* devorando al mundo.

A veces me pregunto si un miedo concreto es mejor, si ese gajo de noche bajando por nosotros sea preferible a la nada royendo nuestros nervios.

La extraña sensación de que uno ha dejado una puerta abierta, en algún lado, y de que ésta es una invitación a lo que se encuentra fuera, acechándonos.

Recuerdo la nieve sucesiva del invierno, crujiendo sobre los tejados, prometiendo siempre, hablándole al niño que era entonces de un cielo enorme desmoronándose sobre nuestra casa; los vecinos que, por culpa del congelamiento, perdieron un dedo de la mano, y saber que extraviarse en la nevada era la certeza de astillarnos, de rompernos como un cristal lleno de sangre.

Antes de la tormenta, miraba por última vez la tierra oscura, antes de que el puntilloso dibujo del blanco lo convirtiera en otra cosa. La impotencia de ver al mundo cálido, conocido, amable del otoño desaparecer poco a poco.

Sobre la cubierta del *Deméter*, mirando el mar y los inexistentes *strigoi*, miraba, dentro de mí, desaparecer todo bajo una nieve que nadie más que yo sentía. Sin saber, aún, el porqué, estaba seguro de que, de alguna manera, había embarcado el invierno con nosotros.

***

Al quinto día quedan definitivamente instaladas las rutinas, los hechos y los actos que debemos efectuar a diario. Son los turnos repartidos, asignaciones para este viaje, cartas de navegación para las horas que debemos pasar a bordo.

Recorrer el barco de nueva cuenta, revisar las cuerdas que sostienen la carga, la bodega estéril que llevamos en este viaje. Cincuenta cajas de tierra. En los permisos alguien ha anotado “Para experimentos científicos” como justificación suficiente. Nuestra goleta ha sido contratada en exclusiva para llevarlas. No habrá ningún puerto que interrumpa el viaje de Bulgaria a Inglaterra.

Los castillos de proa y popa, ocupados por la tripulación y los oficiales. Los marinos han escondido ya un poco de su ración en ese lugar, se ha derramado aceite sin desearlo en el suelo, sus ropas empezaron ya la confusa marcha del desorden.

Sobre mi mesa los papeles se irán multiplicando a sí mismos,

los instrumentos para determinar la *estima* se ocultarán entre ellos, el aroma pesado del humo y del licor impregnarán los sitios, el picante olor de la comida que prepara Arghezi, el continuo ir y venir para cumplir las órdenes y tratar de aplacar el tedio.

Hoy, cuando la oscuridad no traiga el sueño, se narrarán historias, recuerdos falsos de mujeres inexistentes ofreciéndose desesperadas a los hombres del *Deméter*.

Se hablará por primera vez del primer oficial, mientras alguien mira los moretones que el espeque de Vlahutza le ha provocado. El rencor fermentará de ahora en adelante.

En las noches empezarán los sonidos furtivos, las caricias propias buscando agostar el deseo.

Rutinas que he de perderme.

Mi puesto no me permite acercarme a ellos cuando comen, escuchar sus anécdotas lentas en la penumbra, quedarme en el interior del castillo de proa que se inunda sucesivamente de sus olores.

Soy el capitán, el propietario marino de esta casa. Y ahí está el primer oficial para recordármelo, y fruncir el ceño cuando hablo de más con alguno de los hombres.

No es mi papel hablar: soy el dueño de todos ellos, esclavos momentáneos de la paga en puerto.

Pero no son míos.

Yo también tengo un dueño: los armadores del *Deméter*. Las oficinas en Rusia, los papeles en donde me comprometo a evitar problemas. Los sitios donde mis esclavos podrían denunciarme de ceder a mis apetitos.

Debo hacer mis propias rutinas.

Servir la comida a los oficiales en nuestras habitaciones, ser el anfitrión diario de los segundos al mando.

Sé que Vlahutza odia esos momentos y no lo obligo a que los comparta. Por ello es mi primer oficial: porque acostumbra subir al puente y gobernar la nave mientras yo como, seguro que hay un Amo allá arriba y no es necesaria mi presencia.

Arghezi subirá una ración para él, o bajará aquí para comer en solitario, sin más compañía que las ratas del barco y las olas

al otro lado de la madera.

El cocinero desaparecerá después de servir las fuentes de comida y Muresh se relaja mientras sirvo un poco de vino en su vaso y me digo que es extraño estar con él, a solas.

Lo miro a los ojos y casi consigo sonreír. Corto la mejor parte de la carne (sangre cálida, humeante cubierta sazonada, la flexibilidad de la poca grasa) y se la sirvo como un favor que él no entiende.

Muchas veces, cuando salgo al puente, Vlahutza mira ostensiblemente su reloj.

¿Tanto tiempo para terminar el poco alimento?

¿Cómo decirle que el tiempo no tiene importancia cuando nos encontramos con la boca llena, el vino en el estómago?

En la sencilla comunión de los sentidos.

El gusto suave al morder la carne, el aroma seco de la bebida, el tacto de nuestra lengua recorriendo la boca, el sonido satisfecho de nuestro cuerpo alimentándose.

La gula es un pecado capital y puedo comprenderlo cada tarde, cada vez que le tiendo un trozo más de comida al segundo oficial, un placer extra servido como anfitrión.

Intimidad, cuerpos satisfaciéndose juntos, sin tocarse pero unidos en el acto común.

Sólo Muresh y yo. Compartiendo ese sencillo acto diario. Íntimo, casi conyugal, como si esos momentos nos acercaran de alguna manera. Entonces casi puedo creer que he pasado la noche con el hombre que alimento, y descansamos del placer en el placer de la comida común.

Si para sentir esa intimidad sólo basta que estemos aislados del resto de la tripulación, ¿qué implica que los nueve hombres del *Deméter* nos hayamos apartado del mundo?

¿En qué nos convierte el quedarnos solos en medio del océano?

***

—Las costas de Turquía, señor —dice Muresh, cuando el amanecer nos muestra el horizonte del mar roto por una línea de

tierra.

Observo la entrada al estrecho de Bósforo con tal atención que el segundo oficial vuelve a mirar en busca de algo nuevo. Pero sólo encuentra la falúa de la aduana turca maniobrando para alcanzar nuestra nave.

Ordeno al primer oficial que reduzca la velocidad.

Toco la bolsa oculta en mis ropas, las monedas dispuestas desde el inicio del viaje para los impuestos que nos serán reclamados para mayor gloria del sultán Abdul-Hamid II. Y el soborno imprescindible.

La vieja ceremonia: recibir a los oficiales, los papeles que revisarán con desconfianza, la revisión somera del *Deméter,* el descubrimiento de algún detalle que hará a nuestra vieja goleta un peligro para los otros barcos que navegan hacia el mar de Mármara, el hecho de que al fin se nos perdone magnánimamente de ello y nos permitan continuar, la despedida en que les doy el dinero extra, nunca un soborno, sólo el pago de su generosidad.

Una ceremonia que nos ocupará casi todo el día.

El jefe de los hombres que nos abordan es el capitán Melih, y al ver nuestro pabellón menciona, como si no tuviera nada que ver con el asunto, que su padre fue muerto por un ruso durante la guerra.

Mentalmente añado un par de monedas al soborno.

Mira a su alrededor como si pudiera darse cuenta de nuestras intenciones por nuestro aspecto. Observo a mi tripulación y no hay nada sospechoso en ella.

Tal vez el aspecto cansado de Abranoff el cual, como yo, no ha dormido bien en un par de noches, la familiaridad con la cual Petrofsky y Acketz se mantienen juntos, el aspecto serio de Vlahutza.

Me pide que lo acompañe a revisar la carga.

Deja que un par de hombres baje primero y luego los sigue, empuñando su lámpara con una mano y la pistola con la otra. No es un gesto firme, seguro de sí mismo, como el de los zíngaros de Varna.

En la bodega sólo hay cajones, algunas ratas grises muertas

en el piso, y nada más.

El turco me mira acusadoramente, como si hubiera puesto esos pequeños cadáveres sólo para incomodarlo.

Debo tratar a esa rata como una curiosidad sin importancia, de lo contrario el *Backsheesh* será inusitadamente grande. Y no llevamos demasiado dinero para permitírnoslo.

La tomo con indiferencia y la reviso someramente.

—Ratas viejas —digo, tirándola a un rincón, sin dejar que asome a mi rostro el asco, al ver que el animal era una bolsa desprovista de peso, ha sido vaciada, roídos los órganos internos. Una cáscara.

Junto con el capitán Melih reviso las cajas que transportamos.

Madera firme y bien ensamblada.

Demasiado.

Sólo hasta ese momento me doy cuenta de la extraña construcción de los cajones. Madera valiosa, con una triple hilera de clavos asegurando que no fuera a desbaratarse por ninguna causa.

No simples embalajes, instrumentos para transportar una carga; casi podría clasificarlos de muebles, la precisa construcción de un objeto para un fin bien determinado.

No hay defecto alguno, excepto una pequeña grieta que corre por algunas de las tapas.

Mientras los turcos cuentan las cajas, recorro con mis dedos la minúscula imperfección.

Es como acariciar una piel firme, suave, redondeada… La miro de nuevo, es demasiado precisa, casi el dibujo ideal de cómo debe ser una grieta.

Sin saber por qué, cierro los ojos, dibujo la grieta en mi palma, dejo que la sensación de ella recorra las líneas de mi mano. Es difícil, suave... la recorro y con el movimiento es más sencillo hacerme una imagen de ella…

Llevo esa imagen entre mis dedos, la transporto hasta otra grieta, hacia un cajón diferente con otra imperfección. Toco la nueva tapa, descansando mi mano sobre ella, cierro los ojos.

Las grietas son idénticas, el dibujo en la madera el mismo, sin variación alguna.

No un defecto, fue puesto ahí a propósito.

Alguien ocultó el fin preciso de ese dibujo disfrazándolo. Pero ¿con qué fin? La grieta es demasiado pequeña para servir de ventilación. Tan minúscula como el camino de los gusanos dentro de la fruta, los imagino saliendo de la caja, uniéndose bajo mi palma para formar una rata con una pelambre de un millón de gusanos albinos que se retuercen, un millón de ojos ciegos atisbando.

Una rata como la que aguarda bajo mis sábanas, cada noche.

Algo infinitamente pequeño roza mi mano, hurga entre las líneas de mis yemas, húmedo y móvil, lengua infinitesimal…

Con un grito aparto la mano de la caja. Melih levanta la mirada de un documento y la dirige hacia mí. Puede confiscar la carga, mi barco, detenernos en este lugar el tiempo que crea necesario, encerrarnos en la goleta con estas cajas durante meses enteros.

Sin que pueda imaginar el esfuerzo que requiere, sacudo la mano con un gesto de dolor, y aunque aún pueda percibir la sensación de algo viscoso en la yema de los dedos, la llevo a mis labios…

Una astilla.

Como si no me diera cuenta de su mirada, busco un fragmento inexistente clavado en mi piel. Después de que arranco nada, suspiro, hastiado, y miro a mi alrededor.

Melih continúa leyendo los permisos y los sellos de los papeles.

No hay nada inusual en ellos. No *ahí*.

A las 16:00 horas recibimos la orden de continuar nuestro rumbo. Anoto en la bitácora con gesto firme que todo está en orden.

Yo no lo creo.

No cuando conservo en mi palma el aroma de una saliva rancia.

No cuando recuerdo que Mijaíl me besaba así, antes de morder firmemente mi carne, porque después del placer únicamente quedaba por experimentar el dolor.

No al saber que tengo en mi palma el aroma muerto de la rata

que me espera erecta en mis sueños.

Vlahutza me observa inclinado sobre la borda, vomitando un miedo amarillo que se pierde en las aguas del Bósforo.

***

Lo siento deslizarse sobre mí, sin prisa alguna, con una lentitud casi majestuosa, territorio conquistado; la piel del cuello estremeciéndose ante la sensación de aquello que recorre el borde de mi garganta, y se desliza rápido sobre mi pecho, tocándolo con una libertad absoluta.

Abro los ojos sin saber dónde me encuentro, quién soy yo. Veo el techo, puedo sentir el calor del sol sobre la madera. El peso del calor en el puente.

Los objetos que no he asegurado derivan sobre las superficies, susurrando al deslizarse.

Amortiguado por la distancia, puedo escuchar al mástil cortando el aire, y es fácil imaginar las velas preñadas de viento.

No hay ropa alguna sobre mi cuerpo, en algún momento del sueño fui desnudándome sin darme cuenta.

Toco mi piel, más que ella.

Miro la punta de los dedos, húmedos.

Eso me despertó: el tacto del sudor al salir lentamente de mis poros, su camino de sal sobre mi cuerpo.

Piel líquida, aceite vivo.

Hemos abandonando la ruta del hielo hasta que crucemos el golfo de Vizcaya, a un par de días de Inglaterra y del fin de nuestro viaje.

Mientras tanto estamos en el calor, en la brisa seca que se aferra en nuestras carnes. No más nieblas heladas ni mares grises. Bajo nosotros se encuentra el verde, y el lento evaporarse de las aguas.

Los abrigos serán amontonados sin orden alguno, y la ropa se dejará abierta, espacio para la brisa y el sudor.

Espacio para mis ojos, para adivinar la figura oculta, el secreto tramado de músculos y deseo.

No he dormido más que un par de horas. Pero ¿qué importa si

el sol se encuentra allá afuera?

Me visto y salgo al puente, a los gritos del primer oficial pidiendo que se aseguren los nudos del obenque del palo mayor.

Puedo ver a mis hombres trepando por las cuerdas, sus pies desnudos afianzados en la escala, las marcas en el borde de los talones, la fuerza de los dedos remarcándose, dibujo perfecto de músculos a flor de piel.

Vlahutza también se ha descalzado. ¿Por qué no? es nuestro primer día de calor franco, de sudor nuevo. Es el inicio de la resequedad en los labios, de párpados quemados, y llagas ácidas que no querrán cerrarse, piel ardiente ¿pero qué importa en este momento?

El viento es fuerte, y podemos sentir el avance decidido de la goleta. Todas las superficies del barco, a pesar de la brisa, están calientes. Si uno introduce la mano entre el cabello es posible descubrir ahí la sensación febril, como si cada mechón fuera un pan recién salido del horno.

Si no fuera por la atmósfera húmeda que nos rodea, el pesado manto de sal invisible y agua del cual es imposible escapar, no sería difícil que soñáramos con barcos ardiendo en la oscuridad, arboladuras llenas de fuego. Rescoldos iluminando levemente la oscuridad del después, humo como ofrenda al poder desmesurado del sol.

Los uniformes de los hombres que custodian el estrecho de los Dardanelos se encuentran abiertos, y agradecen la sombra del velamen.

La falúa de la escuadra de guardia maniobra hacia nosotros. Su navegante sabe cómo arrancar más velocidad al continuo viento y no es necesario que nosotros arriemos algunas velas.

La gente del Bósforo debe de haber telegrafiado nuestros datos. La información sobre lo sencillo que es sacarnos más dinero.

Vlahutza es el encargado de atenderlos. Sé que ofrecerá el soborno y los impuestos con un gesto firme. No va a regatear ni a añadir algunas monedas extras.

Hoy es mi día franco, saludaré al capitán de la guardia y me dedicaré a ver su piel morena brillando bajo el sol y el sudor.

Me quedo recargado en la borda, mientras ellos suben la escala. Mis hombres trabajan sin excesivo empeño.

Petrofsky tiene problemas para alzar una lona. No es un gran peso, pero él se mira agotado, sus movimientos densos dan la impresión de que se siente enfermo. Sin darse cuenta, como cuando uno se aparta el pelo de la frente, se lleva la mano al cuello.

Me acerco a él, alza la vista y puedo ver huellas de agotamiento en su rostro, manchas oscuras alrededor de sus ojos, heces de noches en blanco.

Petrofsky se queda de pie, junto a mí, con un gesto indolente. Soy otra de las molestias de un día pesado.

Toco su barbilla con un gesto firme, seco. Es uno de mis hombres, así que no acaricio esa piel; simplemente dejo que mis dedos se deslicen hacia la articulación de la mandíbula, sobre el sudor. Hago girar su cabeza, desnudando el cuello.

Es perceptible una mancha roja e irregular en la carne.

Aún recuerdo cómo Mijaíl se aferraba a mi pecho, el estremecimiento cuando sus labios rodeaban mi tetilla, la lengua húmeda, luego el tirón cuando él aspiraba mi carne con todas sus fuerzas, marcándose sus mejillas, sintiendo sus ansias en mi piel. Después quedaba la huella oscura donde no se posó su boca, el espacio entre sus labios, un círculo imperfecto, elipse de sangre muerta bajo la piel, señal clara del instante en que el dolor y la excitación son lo mismo.

Acketz, en el timón, me mira. Cuando los hombres de Melih estuvieron a bordo, no se separó de Petrofsky.

No hay nada que decir, ninguna orden pertinente.

Vlahutza tal vez lo hubiera molido a golpes, sangre nueva en diversos lugares. O le hubiera encomendado más labores, un castigo por el placer que un marinero no debe recibir si interfiere con su labor.

Yo lo único que puedo hacer es ordenarle que vaya a dormir algunas horas.

Sé que voy a pensar en esa mancha, en el dibujo preciso hecho durante el placer, si pudiera poner mis labios alrededor de esa figura sin sentido…

Los turcos se encuentran ya a bordo. Miran las velas como si buscaran algo impreso en ellas, pero no es el laberinto de cuerdas y tela lo que llama su atención. Es sencillo adivinar por sus gestos que buscan un olor, la procedencia de algún aroma que les desagrada.

Ninguna goleta es fragante, la madera se pudre, el velamen desarrolla hongos; las planchas de cobre se herrumbran lentamente, despiden una sensación a polvo y hierro, a mar oxidado. Sin hablar de las cargas que se han descompuesto a bordo, memorias malolientes que penden sobre la bodega, o la carga que transportamos hacia Inglaterra.

Tal vez eso sea; el rezumante aroma de tierra negra en medio del mar.

Bosque a bordo, lleno de hojas muertas, de hongos y gusanos ciegos, de vida albina desarrollándose fuera de nuestras vistas, en la noche eterna de la bodega.

Si hay algún aroma desagradable en ello, si invadió lentamente al *Deméter* durante estos días, ha sido tan gradual que no hay manera de saberlo. El trabajo de los oficiales fue minucioso, contando las cajas, revisando nuestros papeles, pero rápido. Querían que saliésemos de su estrecho lo más pronto posible. No deseaban nuestro barco en sus aguas cuando hubiera caído la noche.

En Rusia soñamos con lobos en medio del bosque. ¿Cuál es la imagen que la tierra negra despierta en los turcos?

***

Un sonido. Un pequeño golpe en el agua.

Miro una rata gris correr sobre cubierta. Su piel cuelga de sus lomos, ha pasado tanto tiempo escondiéndose minuciosamente que no ha comido en días.

Trepa rápidamente por la madera, camina por el bauprés sin detenerse. Mira la falúa que se bambolea a unos cuantos metros del *Deméter*. Salta sin pensarlo. Otro golpe. Chapoteo rápido. En el rumor persistente del mar es casi imperceptible si uno no sabe que se encuentra ahí. Pero yo lo sé, vi la primera rata

deslizándose, culpable, hacia el agua y el barco que puede alejarla de una muerte cierta.

Cuerpos cayendo, náufragos minúsculos.

Aun cuando ya no caen, sigo escuchándolos.

Un oficial turco mira al *Deméter,* y a las ratas que nadan hacia su embarcación. Musita algunas palabras que no puedo escuchar, se aleja hacia la costa.

Saldremos al mar Egeo en un par de horas, al oscurecer.

***

Miro el entramado sobre mí. Madera oscura portando la sal de mil viajes, testigo de rutas y capitanes. Desde mi camastro no puedo tocar el techo. Las tablas lejos de mis manos se aferran a sí mismas sin ningún ornamento. Son utilitarias. Tan serias como las que construyen los ataúdes de los campesinos, en entierros *mujik* para entregar a los muertos a esa tierra de la cual arrancaron la vida. Cajas ásperas, sin personalidad ni detalle alguno, cuyo uso será en los espacios ocultos de la disolución.

No tiene caso pensar en mi cuarto como un ataúd.

Tampoco lo tiene decirse que los enterrados vivos pueden ver, como última visión durante la asfixia, ese entramado.

Es imposible dejar de sonreír.

Se supone que me mantengo despierto para huir de las pesadillas, de Mijaíl esperando bajo las sábanas. ¿Qué hago pensando en los dibujos secretos de la madera que sólo pueden observar los que han muerto?

Me pongo de pie y me digo que es lógico que los ataúdes sean bastos, ásperos. Si uno despierta en la tumba debe aferrarse a algo.

¿Qué son esos pensamientos comparados con lo que temo encontrar en el sueño?

Porque, tal vez, haya algo peor que la nada a la cual entregamos a los muertos, al pesado manto de tierra con el cual los arropamos.

Lo peor es que, tal vez, no estén solos allá abajo.

¿Qué tal eso para olvidar las pesadillas?, ¿eh?

Me río pensando en algo negro tocando la madera basta como si fuera una puerta.

Toc toc

Me abrazo, sintiéndome estremecer.

—¿Quién es?

Si acaso Vlahutza abandonara el puente para preguntarme por qué me estaba ahogando con mi propia risa, podía contestarle, sinceramente, que era porque no importaba qué contestara esa *cosa* oculta bajo tierra, la soledad de la tumba es tanta que uno abriría sin importar el costo de esa compañía.

Mejor que dormir cada noche con una rata onírica bajo las sábanas.

Sus manos asquerosamente humanas tocando mi sexo, su pelambre enfermiza apretándose contra mi cuerpo, su cola en carne viva avanzado por mis piernas, ocultándose dentro de mi cuerpo.

Sus labios negros, llenos de insectos y podredumbre, apretándose contra mis labios...

Y el hecho, fundamental, de que yo buscaba esos labios con tanta hambre como la suya.

¿No es mejor tocar madera, así sea la del ataúd?

No puedo dejar de reír. No hasta que me doy cuenta de que alguien me observa.

Una rata en un rincón del cuarto.

La risa desaparece como si nunca hubiera estado aquí. Me quedo mirando al animal sin atreverme a hacer otra cosa.

Rata de barco, gris y peluda, llena de músculos bajo su piel sucia. No se mueve. De hacerlo parecería que algo se estremece dentro de su carne, grasa viva.

Me observa con sus ojos pequeños y rojizos. Inmóvil también. La forma en que me recorre con su vista me da a entender que no soy de interés. Un objeto más del camarote, un mueble casualmente dotado de voz, pero nada más.

Gira la cabeza hacia la entrada. Algo ahí ha llamado su atención.

El pelo se eriza lentamente. Tal parece que la rata empieza a crecer, o tal vez cada cerda de cabello se levanta para ocultar la

rata en su interior. Desnuda los dientes como si fuera un perro, escupe una amenaza a algo que no veo, oculto en el pasillo. Retrocede sin dejar de gruñir, dispuesta a saltar si algo se abalanza sobre ella. No hay escape, sólo una esquina. Se queda ahí demasiado asustada para comprender que se ha arrinconado a sí misma. No parece importarle. Sigue encogiéndose dentro de su cuerpo, una masa palpitante de miedo. El gruñir ya no es una amenaza ni el sonido silbante que hacen cuando las corremos de las cargas de semillas. Gruñe como cuando les han roto la espalda, y no son más que un pedazo de dolor retorciéndose antes de morir.

Pero esa rata se encuentra ilesa. Nada hay en ella que determine una herida o una enfermedad.

No me asusta. ¿Cómo temerle a algo que tiene tanto miedo?

Pero ve con tanto temor la puerta abierta que me obliga a mirar qué se oculta ahí.

No es lo más inteligente que puedo hacer, pero no puedo evitarlo. Debo revisar. Me digo que tal vez deba ir por un arma, llamar al segundo oficial.

Me asomo por la puerta, dispuesto a todo.

Pero no hay nada.

Casi nada.

Algo corre en la oscuridad, pequeñas garras rasguñando el piso: una diminuta figura huye en las sombras, un borrón blanco e impreciso.

Otra rata. Rata albina.

Entro de nuevo a mi camarote, y la rata que ha buscado refugio ahí me mira. Casi deseo encogerme de hombros e informarle que puede calmarse.

Me acuesto y me digo que ella también se mantendrá despierta, con miedo a los sueños.

***

La madera es cálida, como si conservara en su interior el recuerdo del sol. Puedo sentirla bajo mis pies desnudos, la piel áspera que recorro, las sensaciones en la planta del pie que casi no tiene

sensibilidad y aun así puede dibujar, de desearlo, las líneas y contornos de las tablas. Arena de árbol en esta playa construida para nosotros.

En cambio, el frío sobre mi piel es casi líquido, no hay ropa alguna para mantenerme alejado de él, y me recorre con su lengua ávida, apretándola ligeramente en los puntos donde hay más calor: las mejillas, el interior de los sobacos, las ingles, en el sexo que crece.

Mijaíl está en el castillo de proa, esperándome desnudo bajo las sábanas, y voy hacia a él.

Las velas golpean la noche con un ruido seco, tirante. Puedo ver venas rojas en la tela, estiradas, llenándose de sangre: como mi sexo.

El barco está vivo, lo puedo sentir en este momento. Sangre y madera, temblando en su embestida, vibrando mientras penetra el viento. Como yo, se dirige a alguna parte, la espera lo hace temblar en la anticipación del placer.

Toco las cuerdas que sujetan su deseo, las que sostienen el barco unido a las velas. Casi puedo sentir cómo alguien, algo, toca la raíz de mi pene, la base insensible del inicio. Pero esa piel cubre el sexo, lo que yo veo del Deméter *no es más que piel que debe retirarse, que se humedece para dejarse apartar con más facilidad.*

Lo que me moja no es la brisa del avance. Sobre mi piel y el barco, la humedad lenta del antes.

Se prepara.

Mijaíl es también la espera.

Lo que me hace estremecer no son sus labios cálidos, ni sus dedos finos, ni el sexo desnudo buscándome.

Me acaricia la distancia, lo lejos que estoy de él. Lo cerca.

No tan importante su piel como el pensamiento de esa piel. El sabor que añoro ya, sin haberlo empezado a probar, el estremecimiento de su semen que aún guarda dentro de su cuerpo.

Es el hombre que no ha recorrido mis labios con su lengua, pero el cual puedo adivinar mientras es el frío el que sorbe mi aliento.

No puedo ver el mar, ni las estrellas: de las aguas asciende una bruma, del interior del barco. Es correcto, lo justo. Ni la goleta ni yo estamos aquí en este instante, sino en lo que vendrá.

Cuando Mijaíl llegó a la casa, cuando por primera vez recorrí un espacio en su busca, recuerdo la nevada oscura al otro lado de las

ventanas. Nieve nocturna, oscuridad blanca.

Bruma.

No hay nadie en el puente, ningún hombre cuidando el timón. La nevada los oculta, se han refugiado junto al fuego para sobrevivir al invierno.

No puedo permitirlo.

Soy el capitán. Aunque Mijaíl esté ahí, acariciándose, soy el responsable de este barco.

¿Quién podría decirme que iba a posponer el placer, el deseo, por el deber?

Ni siquiera yo.

O tal vez sí, porque he cambiado el deber por la culpa, porque sé lo que le sucedió a Mijaíl, el motivo por el cual descansa en una tumba mujik, *lejos de suelo consagrado.*

Tomo el timón, mis manos se cierran firmemente en él. La madera es cálida pero no por el sol. No hay sol en la bruma, en la nevada oscura.

La madera es suave, puedo hundir levemente mis dedos en ella, suave por mil manos que la han tocado antes. El rumbo es importante.

Como si desearlo fuera suficiente, aparto la bruma de mí, dejo un camino entre las estrellas y los instrumentos. Mido el ángulo de elevación, reviso las cifras en el almanaque náutico. Todo ello sin dejar el timón, mientras coloco al Deméter *en el rumbo correcto.*

Se estremece, es pesado, las velas pierden momentáneamente su rigidez. Los hombres deberían acomodarlas, atrapar de nueva cuenta el viento. Pero sólo estoy yo y el timón que gime bajo mis manos. No voz de madera, no el esfuerzo crujiendo en su interior. Gime y comprendo.

Sin soltarlo voy penetrando en su centro, permitiendo a mi piel retirarse, a la madera abarcar mi sexo. No hay humedad alguna y, sin embargo, es fácil entrar en el Deméter*, que dirige su bauprés hacia el rumbo correcto, Inglaterra.*

El esfínter del timón es justo del tamaño de mi sexo, pero puedo percibir su fuerza. De cerrarse arrancaría mi pene, pero el barco desea que permanezca adentro, que pueda sentirlo, vibrando con el viento, el susurro continuo sobre el océano, líquido y seco en mil

partes. No me muevo, no es necesario. El barco se mueve por mí, embistiendo las olas, enterrando su timón en las aguas y su palo mayor en la noche. Las cuerdas vibran, trasmitiendo las sensaciones a mi glande, cada pieza parte de mí, y puedo sentirlo todo, músculos de tela, árbol, de cuerda, viento y agua.

Lenta, deliberadamente doy vuelta al timón, lo hago girar alrededor de mi sexo.

La estima, el rumbo, la ruta.

Penetrar en ella, aferrarme al timón, mientras le hablo a alguien que se encuentra detrás de mí, no sé si desnudo o no, erecto u observando.

No importa.

Nada: ni Mijaíl, ni nadie que pueda adivinar por mi respiración que estoy a punto de eyacular dentro de mi barco.

¿Cuál será la reacción de la goleta?

Puedo sentir que el hombre (alguien, algo) *que está a mi espalda, sonríe, mientras me estremezco.*

Sé que está satisfecho por mi placer, como si él me hubiera otorgado al Deméter *a cambio de la rata bajo las sábanas.*

Tal vez lo ha hecho, y por ello puede verme con ojos llenos de noche y no le temo.

¿Por qué habría de hacerlo en la serena lasitud del después?

De alguna forma que no comprendo he hecho un trato con él.

El hombre detrás de mí escucha. Mascullo palabras que deben tener relación con la navegación, pero no importa.

No en el sueño.

Por un instante puedo apartar las imágenes y percibir la realidad. Mi camarote y mi mano cerrada firmemente en el pene, acariciándolo.

Me alejo de ahí, de nuevo gozando con el Deméter.

Pero aún ahí, en el placer intenso llega el chillido ininterrumpido de una rata.

Acorralada, gritando antes de que un chasquido seco y definitivo acalle su voz.

***

Vlahutza estudia las estrellas con el sextante, y revisa con cuidado el almanaque náutico para calcular nuestra posición. Un trabajo que yo hice horas antes y cuyos resultados él consulta, haciendo sus propias mediciones de la *estima*, para certificar que su capitán no esté entregando a la nada al *Deméter*.

Hemos cruzado el cabo de Mapatán y las aguas se encuentran en calma. No parecen guardar sorpresa alguna en sus corrientes y en el ritmo lento de las olas. Nos ofrece la tranquilidad que debe existir en sus profundidades.

El mismo aspecto que tiene el hielo frágil a punto de romperse bajo nuestros pies.

Y para no escuchar ese hechizo líquido, la prometida paz aguardándonos, inmóvil, el primer oficial busca un orden en las constelaciones, la posición y distancia que nos separa del fin de nuestra ruta, del puerto aguardándonos en Inglaterra.

En estos momentos, esa frontera lejana no tiene sentido, como parecen no tenerlo, durante el viaje, las cuerdas que usaremos para aferrar la goleta a la tierra firme.

Lo único cierto son esas estrellas que no han cambiado en generaciones, el imperturbable ritmo del cronómetro, la magnética brújula que no descansa, las cifras en nuestras cartas de mareas, los naufragios anotados en bitácoras llenas de sal que rescatamos para que nos señalen los sitios ocultos, los abismos ubicados en el abismo del mar.

El primer oficial hace bien, anclarnos en este mundo con sus números anotados en la bitácora de derrota, la longitud y latitud que el *Deméter* ocupa.

No estamos en medio de la nada: nos encontramos en ruta, sabemos a dónde nos dirigimos.

Los hombres que recorren la cubierta, arrojando algunos desechos por la borda, asegurando las cuerdas, reparando las telas, consideran que han cruzado tantas veces las rutas invisibles que las conocen de antemano. Pero ellos y yo estaríamos indefensos sin las marcas en los mapas, sin las anotaciones de grados del almanaque, sin las cartas de navegación cuidadosamente transcritas por hombres que —tal vez— no conozcan el mar.

Siempre debe haber en cada barco, mínimo, dos hombres que puedan ubicar el rumbo, que conozcan los débiles secretos de la navegación. Vlahutza y yo sabemos que cada uno de nosotros está en este lugar por si acaso el otro muere. Somos continuaciones de destinos truncos, descendientes del que muera en la hipotética catástrofe. Fantasmas uno del otro.

Petrofsky también parece un fantasma allá arriba, revisando algo en las alturas. Todos lo miramos como si lo que hace fuera especialmente peligroso, pero ningún golpe de viento, ningún movimiento del *Deméter* justifica esa aprensión por alguien que asegura las velas y revisa el cordaje.

Algo ha cambiado desde que empezó la oscuridad, como si escucháramos al mundo congelarse rápidamente a nuestro alrededor, cercados por el terrible *rassol* del mar de Botnia, hielo salado formando agujas en el manto blanco que gusta de aprisionar embarcaciones.

La tripulación se muestra descontenta por algo, asustada, pero no desea hablar, tal vez porque sus miedos no tienen forma alguna.

No hay signos de lluvias cercanas y, sin embargo, miramos el cielo esperando, tal vez, que el agua descienda hacia nosotros para disolver nuestra inquietud.

Y aquí estamos, marinos de mil viajes, esperando la tormenta para tranquilizarnos.

***

—No hay ratas, señor —dice Arghezi, mientras deja la comida en la mesa.

Lo miro, sin saber la expresión de mi rostro.

—No las suficientes —aclara.

—¿Suficientes para *qué*? —interrumpe Muresh, pero yo lo sé.

—¿Revisó bien los pañoles? —pregunto, sin que el miedo pese en mis palabras.

—Sí, capitán. No han infestado las provisiones.

—¿Todo normal?

—Todo, señor.

Es decir, había los rastros comunes de su actividad: excrementos revueltos con la comida, pero ningún nido ahí, ninguna cría blanca retorciéndose en la harina.

Es el noveno día de navegación. Al no haber más carga que los cajones de tierra, las ratas deberían haber salido de sus escondrijos en busca de algo que roer.

Era el momento para que llegaran a nuestros camarotes buscando desechos, para intentar un camino entre nuestra comida y su hambre.

Es cierto que en los mil rincones que existen en todo barco, en las profundidades de la obra muerta del *Deméter* debe existir basura y desechos suficientes para mantener por días a nuestra tripulación de ratas, pero acostumbran siempre alimentos frescos, no sabemos si por molestarnos o para hacernos sentir su desdeñoso predominio. Cuando suben corriendo a la cubierta y trepan con obesa precisión por las cuerdas y palos parecen decirnos que ellas son las verdaderas dueñas de nuestro barco. Navegamos para mantenerlas, cubrimos las distancias y los mares para proporcionarles alimentos exóticos, manjares de todo el mundo. No se esconden.

No sin motivo.

Nueve días no son muchos. No había por qué asustar a la tripulación preguntándole sobre las ratas. Tal vez estuvieran escondidas en algún lugar dando cuenta de un manjar oculto.

O tal vez no.

—Muresh, vaya por el primer oficial.

Muresh mira al cocinero. Lo apropiado es que alguien de rango inferior deba cumplir ese tipo de órdenes, su expresión me dice que no considera *justo* que lo mande a él. Sospecho que pasa demasiado tiempo con Vlahutza, sin embargo va.

—¿Nadie se ha reportado enfermo?

—No, señor.

—¿Sabe qué buscar?

—Sí, señor. Dolores en la garganta, bultos de carne densa en las axilas e ingles. Nódulos en el cuello. Fiebre.

Los síntomas de la peste.

Recuerdo a mi padre hablándome del eclipse de ratas, ratas

menguantes mientras la enfermedad se incuba en el interior de las calles. Ratas negras que nadie ve más. Después de su desaparición empiezan las muertes, las hogueras en las calles, los pesados carromatos transportando muertos y harapos que son iguales en la oscuridad.

Sabemos de las pestes en la India, de los mil muertos en una pira que no termina de arder, mientras se les suplica a dioses elefantes el regreso de las ratas y la normalidad.

—¿Capitán?

Vlahutza y Muresh entran al camarote, abarrotado ya. Casi la mitad de la tripulación presente.

El cocinero y yo no vamos a hablar de enfermedades y roedores. Sé que no voy a anotar nada en el diario de a bordo. No hasta que alguien encuentre los pequeños cuerpos, que toque uno de los animales moribundos y certifique que en su carne grasosa hay nódulos lívidos como de madera. Entonces arriaré las velas y dejaré ondear la bandera blanca que nos prohibirá entrar a cualquier puerto, esperando en alta mar alguna solución.

Le ordeno a Vlahutza poner menos hombres de guardia. Dejar que la tripulación descanse el día de hoy lo más posible. Mañana, deberá distribuir la carga de nueva cuenta, encontrar otras posiciones para los cajones de tierra.

El primer oficial me escucha sin decir nada. Trabajo extra sin sentido, gritos y órdenes a una tripulación que ya tiene bastante con la rutina diaria.

—No veo por qué debamos mover la carga —dice.

No es un reto, no se opone a mis órdenes: simplemente enumera un hecho suficiente. El tono de su voz no permite adivinarlo, parece que está a punto de gritar su protesta, negarse a hacer nada. El segundo oficial y el cocinero se preparan para una demostración más del mal humor de Vlahutza. Pero yo lo conozco. Sólo está diciéndole a la tripulación, a sí mismo, que él no será tan mal capitán como yo. Que no moverá la carga en pleno viaje, o lo ordenará de tal modo que nadie pueda mascullar, por lo bajo (como él lo hace), sobre los méritos de su superior.

—Empiece mañana durante el turno de Arghezi —digo, con el

tono de que se me acabara de ocurrir, como un modo más de molestarlo—. Pueden retirarse.

Sobre la mesa, la comida. Una vez que me encuentro solo, la mastico sin encontrar sabor alguno, demasiado consciente del movimiento de mi cara al morder, de los músculos de mi cuello…

***

Mijaíl, en los momentos de calma, con el sudor secándose sobre nuestros cuerpos, gustaba hablarme en voz baja, como si el hecho de que compartiera la única historia que había aprendido en su vida, fuera algo más íntimo que el sexo.

Caricias sobre mi carne, el delicado sabor de la suya, y su voz: “Un peregrino que se dirigía a la India se encontró con una mujer de ropa blanca y labios negros. ‘¿Quién o qué eres?’ —preguntó—. ‘Soy la Peste y voy a la India, donde mataré a mil hombres’. En el viaje de regreso, el peregrino volvió a encontrarse con la mujer. ‘¿Por qué me mentiste? Fui a la India y no habían muerto mil hombres, fueron diez mil las víctimas y las piras no han dejado de arder’. ‘Te dije la verdad —afirmó la Peste— maté sólo a mil; los demás murieron a causa del miedo’ ”.

—No tienen que vernos —susurró, rabiosamente en mi oído —, nadie tiene que saberlo. El miedo puede hacer que diez mil mueran, y también puede hacer que diez mil maten.

—¿Miedo a qué?

Tocó levemente mi sexo con su boca, su saliva y mi semen derramado confundiéndose, un límite impreciso que terminaba sólo en acariciante piel, en labios apretando suavemente.

Levantó la vista hacia mí, lejos, al otro lado de la carne.

—Miedo a nosotros.

***

Me dirijo a la obra muerta, al sonido del mar bajo cubierta, el susurro de las profundidades que el casco del *Deméter* saborea apenas. El casco está cubierto de planchas de cobre, pero la madera lo ignora. Sabe las corrientes secretas, el hendir el

líquido sin cesar.

La mar se encuentra tranquila, y el balanceo es casi imperceptible. Cuelgo la lámpara en un travesaño y miro su movimiento, como si una brisa secreta jugara con ella, provocando mil sombras líquidas en el lugar.

Casi es posible creer que la bodega ha sido inundada por un mar de sombras.

Y hay peces en sus aguas.

Seres vivos que recorren las profundidades de mi barco; peces crujientes de miembros secos, anémonas de susurros; telas y objetos, y madera y cuerdas tensándose y deslizándose en el balanceo. Casa embrujada de fantasmas múltiples. Fantasmas que hemos conocido por tantos años que nos son necesarios. No hay silencio en la ruta, ni forma alguna de cerrar los oídos al movimiento.

Si fuera posible escuchar la nada, no sería necesario que mañana la tripulación moviera la carga, buscando asustar las ratas con la actividad, descubrir sin querer sus nidos y escondrijos. Entonces no tendría que estar Arghezi presente buscándolas, hurgando en las sombras en busca de los cuerpos.

Me detengo aquí, respiro levemente para que el aire entrando en mi boca no haga demasiado ruido, como si fuera posible distinguir la diferencia entre los sonidos del *Deméter*.

A veces, era posible escuchar en la casa de mis padres el gemido incesante del viento, la nieve crujiendo con su peso sobre el techo, el arenoso golpear de la nevada contra las ventanas.

El *Deméter* es igual, casa viva en medio de los elementos. También aquí, en la calma momentánea donde el silencio no existe, debería ser capaz de distinguir el continuo roer de las ratas, rastro sonoro de lo que se oculta entre las paredes.

Recuerdo ese crujir constante, minucioso, del animal. Un ritmo en ese sonido interminable.

Cuando no era más que otro marinero escuché mil veces, en la oscuridad, cómo se masturbaba alguien de la tripulación. Sonidos furtivos, como el de las ratas. Insistentes, precisos. También un ritmo en ellos.

Un ritmo distinto al mío.

Nervioso, rápido. Como si quisieran terminar de una vez con ello. Eyacular en la palma para poder dormir ya.

Entonces yo también tocaba mi sexo, masturbándome lo más silenciosamente posible, pensando que el semen iría a parar a la ropa, a la basta tela sobre la que dormíamos, líquidos secándose en el calor anidado.

Pensaba, como ahora, en las ratas.

¿También esperaban que cayera algo de ese líquido espeso? ¿También, como yo, aguardaban sentir su áspero sabor?

¿Lo sorberían con cuidado?

De caer ¿enterrarían sus dientes en la madera del piso?, ¿sacarían delgadas lenguas espesas para aprovechar cada gota?

Era cuestión de cuidar mi semen de las ratas. Trataba de que ninguna gota escapara de mi palma, acercando mi rostro al cálido aroma. Lo bebía lentamente. Un sabor denso, con la temperatura febril de mi sexo, abotagado de sangre.

Recuerdo a Muresh, la comida tibia que le sirvo.

¿Comprendería cualquiera de mis hombres que bajara en este momento por qué su capitán se masturba lentamente en la bodega? ¿El cuidado con el que dejo caer mi semen en la madera?

¿La invitación muda a las ratas que tal vez ya no existan?

***

—Capitán.

La voz de Arghezi, de alguna manera en medio del sueño, aunque en éste sólo nos encontremos yo y el *Deméter,* el placer indeterminado de embestir al mar.

Abro los ojos, y veo el rostro del cocinero sobre mí, mientras me sacude levemente. Basta un movimiento, y podría sorber su aliento, tocar sus labios con mi lengua.

—Capitán.

Voz susurrante, íntima. No desea que nadie escuche su voz, no deseo que se aparte de mí. Puedo sentir el calor de la piel de Arghezi.

La fiebre.

Recuerdo entonces, y despierto de inmediato, buscando alejarme de la cara febril, de la enfermedad que ha llegado hasta mi cama.

Arghezi tiene que sostenerme, impedir que caiga al suelo.

—Despierte, señor.

Cuando me toca, sé que es real. La temperatura de nuestras pieles es idéntica. Ambos a salvo de la peste, o muriendo ya.

—¿Qué sucede?

Antes de que él conteste, las posibilidades son casi certezas. ¿Quién ha caído?, ¿qué voy a hacer entonces?

—*Tiene* que acompañarme —dice.

Me visto en silencio, mientras el cocinero mira hacia el pasillo oscuro. Los hombros alzados, la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, sus manos tocando sus antebrazos, oculto su torso en un abrazo sin fuerza.

Parece un hombre en medio de la helada, sin más protección que su propia carne. La única certeza es esa piel, y el ininterrumpido fluir de la sangre.

Pero no es el frío lo que hace temblar sus labios.

Ha visto *algo,* sucedió alguna cosa que le hace retroceder hasta una esquina, casi a punto de gemir como una rata.

Algo que quiere enseñarme.

Atravesamos la cubierta sin decir nada, sin llamar a ninguno de los hombres que cubren la última guardia del día. Miro el velamen, piel seca colgando de un esqueleto de madera. Arghezi señala la bodega. ¿Dónde más? No deseo ir, no hacia el sitio donde el cocinero se niega a avanzar. Lo que lo asustó se encuentra ahí...

Pero soy el capitán y alguien debe hacerlo.

La bodega está llena de niebla, aplastada contra el piso, moviéndose sin esfuerzo alguno, mareas de vapor en un mar blanco.

Afuera se encuentra despejado, cielo y océano limpios. No puedo pensar en un incendio en la bodega, envuelta en humo, porque esa niebla está gritando.

Bajo sin saber el motivo, tal vez porque deseo comprobar que lo que veo es cierto, y no me encuentro en otro sueño del que

seré despertado por un hombre asegurando que mi barco ha sido condenado por la peste.

Arghezi se ha quedado arriba, sosteniendo la lámpara que proyecta mi sombra sobre aquello que se estremece en la oscuridad.

Un grito agudo, continuo, casi sin volumen. Secreto. Como el susurro de Arghezi. Como Mijaíl musitando “de acuerdo”. Grito múltiple, compuesto por cien sonidos diferentes.

Sé cuáles, cuando piso la niebla, cuando algo diminuto se revuelve bajo mi pie y clava sus dientes minúsculos en mi zapato.

Una rata blanca.

Miles de ellas en el piso, imprecisas en sus rápidos movimientos. Chillando con una voz desconocida, como si su color, y sus cuerpos contrahechos hubieran modificado también sus sonidos. Podía escucharlas, pero no el roce de sus patas contra la madera, ni el tamborileo rápido de sus pasos, parecía que no tocaran el piso.

Una rata gris pasó corriendo a mi lado, huyendo hacia Arghezi, perseguida por las blancas. Casi pudo escapar pero le saltaron encima y los dientes afilados se clavaron en todo su cuerpo.

Una pelea territorial.

Por ello habían desaparecido por diez días: las nuevas reconociendo el terreno, las viejas escondiéndose ante el número superior de las otras, peleas en las sombras, muertes y asesinatos tras las maderas, bajo los pisos, entre los travesaños.

No era difícil averiguar de dónde habían salido las ratas blancas; rodeaban los cajones de tierra como si quisieran protegerlos; tal vez los nidos estuvieran ahí.

Apoyé todo mi peso en el pie, aplastando la rata que empezó a vomitar sangre, demasiada para ese cuerpo delgado y lleno de nervios.

Deseaba aplastarlas a todas, desgarrar a cada una. No sé por qué: tal vez su voz, el chillido sin sentido que lanzaban, sus diminutos ojos de color sangre...

Era cuestión de cerrar la bodega. No había alimentos para tal

número, que se murieran en la oscuridad eterna de la obra muerta, que se comieran unas a otras.

Tal vez así se pudiera matar el hecho de que me asustaran tanto; la certeza que tuve, durante un momento, de que no me había confundido la oscuridad, que antes de ser ratas habían sido niebla saliendo de los cajones de tierra, filtrándose entre la cerrada trama de madera que sé no es lo suficientemente ancha para dejar salir nada…

***

—A veces chillan como cerdos.

Alzo la vista, sobresaltado. Olgaren continúa mirando la escotilla firmemente cerrada de la bodega. No espera una respuesta, juega inconscientemente con un pequeño círculo de cuerda que lleva atado a la muñeca, tres grandes nudos son recorridos por los dedos. Casi parece un rosario, pero no lo es. O en todo caso las oraciones que se hacen a él son distintas. Tres nudos: si uno desata el primero deja libre un viento moderado, el segundo un ventarrón y el tercero ofrece la voz del huracán. El mismo hombre finés me lo ofreció en el puerto de Yerápetra, después de muchos días de calma. Olgaren lo compró porque cree también en las diminutas redes atadas en la ropa para alejar los demonios. Y asegura que la pólvora mezclada con el licor lo hace un semental. *Hasta dos veces en una noche,* suele proclamar con un orgullo que hace imposible refutarlo. Un niño sorprendido aún del milagro de su cuerpo.

Pero, en todo caso, ahora es un niño que no ha terminado de despertar de un mal sueño.

—Y huelen, capitán, chillan y lanzan bocanadas de aliento muerto, como si hubieran comido carroña o como si ellas mismas estuvieran muertas por dentro…

Joachim y Petrofsky se han alejado; hartos, al parecer, de Olgaren y sus historias.

—Y salen sólo de noche. ¿No lo ha notado? Son blancas y salen sólo de noche, porque el blanco es un color enfermizo en la oscuridad.

Olgaren lleva una camisola abierta que deja ver parte de sus hombros, en ellos una mancha pierde definición: un golpe de Vlahutza al inicio del viaje. No pregunto por qué: es sencillo adivinarlo. Cuando Olgaren quiere decir algo no puede detenerse, no puede impedir que aquello que ha fermentado en su mente salga.

—Pero no nos tocan. Por alguna razón no se cruzan en nuestro camino, ni comen nuestras cosas. No han llegado con nosotros, no he sentido ninguna correr rápida sobre mi cuerpo. Sombras de ratas, eso son. Y se ocupan de sus cosas y con eso debería bastarnos, con saber que se mantienen allá abajo, pero chillan como cerdos en la oscuridad. A los demás no les importa, que hagan lo que quieran mientras no los muerdan, pero yo también las habría encerrado en la bodega.

Entonces se da cuenta de sus palabras, de lo que le habría costado si hubieran sido escuchadas por Vlahutza. Ese tono de aprobación, de que el capitán ha hecho —por una vez— lo adecuado. Su bendición por la medida adoptada, por cancelar la distribución de la carga y ordenar, en cambio, esas puertas cerradas, y la recompensa de un trago extra de licor por cada rata blanca muerta sobre cubierta.

Me mira sin saber mi reacción.

—Gracias —respondo, porque yo no soy Vlahutza.

Lo veo irse, mirar sobre su hombro hacia el océano como si temiera que algo fuera a salir de él.

La peste no era ese *algo* que los atemoriza. Las ratas que no están, tampoco.

Puedo sentirlo sobre mí, como una lluvia pertinaz.

Lo mismo que sentía Mijaíl, yo, quienes llevamos nuestros apetitos como estigma.

Ojos.

***

Salgo a la noche y al viento, a la calma relativa del último turno del día, con un hombre recorriendo la cubierta y otro a cargo del timón.

El camarote me ahogaba, lleno de la algarabía de mis pensamientos. Sé que el placer me espera en mis sueños, como antes esperaba la rata, pero no puedo abandonarme a ello.

Recuerdo que me abandoné a Mijaíl y él se abandonó a mí.

Él está enterrado en un cruce de caminos; condenado, según los hombres que lo dejaron ahí, a no encontrar nunca la paz.

Y yo, vivo, a salvo, no puedo dormir aunque el placer me espere en la oscuridad.

Pero también pienso en Petrofsky y la marca que porta sobre su piel, el momento en que la carne deja de ser un límite.

Casi puedo ver los cuerpos en la atmósfera tibia, húmedos y sudorosos mientras los dedos ansían perderse entre los músculos, cuando el rasgar es una necesidad que va más allá de la excitación, un reconocimiento de que el cuerpo que se encuentra a nuestro lado, que penetramos o nos penetra, es al mismo tiempo el nuestro, y para comprobarlo no hay como el dolor, las uñas creando surcos en la espalda, la sensación de la piel abriéndose, el temblor exquisito que se trasmite y nos contagia, como si la herida estuviera fresca en nuestra carne…

Escucho al mar a mi alrededor, o tal vez la sangre golpeando mis oídos. No importa. No, porque sé que puedo acompañar a Petrofsky en la proa.

No hago ruido, es imposible escuchar a mis pies descalzos sobre la madera. Pienso, también, en la casa de mis padres en Dzerzhinsk, en las noches en que me levanté de mi cama para recorrer las habitaciones oscuras, percibiendo que la casa ya no era un sitio comunal. En las sombras, al cerrarse las puertas de las habitaciones, se habían creado diversos espacios privados, secretos ocultos bajo sábanas, cobijados por las horas de la nada.

Entonces, como ahora, ligeros espasmos de delirio; miedo y goce amalgamados sin que supiera por cuál de ellos me arriesgaba a abrir las puertas con un silencio culpable, a espiar por las rendijas el sueño de quienes desaprovechaban ese tiempo para dormir.

Acketz está dormido en cubierta, abrazándose a sí mismo, como si aún en el sueño debiera protegerse de algo.

Petrofsky está solo.

Eso me excita. Solo y ha accedido ya a que alguien marque su piel.

Solo como yo, en estos momentos.

Petrofsky se encuentra junto al estay del palo trinquete, mirando hacia el cielo, pálido y tembloroso, tan absorto que no se da cuenta de nada más que de su espanto. Sigo su mirada, buscando lo que se encuentra entre las estrellas frías y lo ha convertido en una estatua de sal.

No hay más que un par de nubes que se mueven lentamente, apenas visibles en el resplandor de la noche.

La cabellera de Petrofsky se agita por el viento, la camisa abierta deja al descubierto el pecho blanco, y el pantalón se aferra a sus piernas nudosas de igual forma que lo hace la ropa mojada.

Pienso que Petrofsky parece sumergido en un mar de viento, hundiéndose en profundidades desconocidas mientras mira cómo se aleja la superficie, la frontera que ha traspasado para encontrarse con insustanciales aguas que lo ahogan.

Sus manos tocan su pecho desnudo, lo recorren. Trata de convencerse de que es real, que está despierto. Puedo escucharlo jadear, buscando algo —un grito, una palabra— que le permita entender o expresar algo imposible.

Dejo subir de nuevo mi vista por las cuerdas y las velas tensas, por el diseño insensato de la arboladura, hacia la oscuridad sobre nosotros.

Sólo las nubes.

Entonces comprendo y también siento que me estoy ahogando en la nada.

El viento ha cobrado vida en el velamen, trata de arrancar la ropa de Petrofsky, es posible escuchar cómo penetra en nuestros oídos, presión sensible.

Pero las nubes en lo alto se mueven indolentemente en una dirección distinta al aire desatado que nos envuelve.

Nubes que se encuentran en otro universo, en una noche diferente a la que navegamos. La velocidad del *Deméter* hace que se queden atrás, delicadas, sin que exista en ellas la menor evidencia de que el viento las toque, y las impulse como a

nosotros.

Miro el mar, las olas que hacen accidentado nuestro viaje, el pequeño velo de espuma que el viento arranca de su cima, que las moldea titánico con su furia. No veo si a lo lejos, en el horizonte negro, también hay un mar rugiente o las aguas se encuentran tan inmóviles que es posible ver en ellas el reflejo de las estrellas.

El viento rodea a Petrofsky, mesa por él sus cabellos para brindarle un aire desorbitado. Dice algo, parece hablar con alguien en medio del río invisible, con el viento entrando en su boca, ensuciando el tono de su voz.

Estoy a una docena de pasos de él, pero es como si me encontrara al otro lado del mundo. Las cuerdas se tensan como venas, las velas son músculos a punto de romperse. Y también van en rumbos diferentes.

El chasqueo del velamen traza un dibujo del viento sin forma: el centro es Petrofsky.

Una mano invisible mueve su ropa, deja al descubierto un hombro, casi luminoso en la noche.

Él alza una mano y la deja a unos centímetros de su piel desnuda, como si algo impidiera que tocara su propia carne. La impresión es que apoya su palma en la nada.

El viento lanza el cabello sobre su cara, y cada mechón parece tener vida propia, recorrer el rostro, apartarse para dejar zonas desnudas, apretarse contra él para ocultar sus ojos, dejar al descubierto la sensible área de la nuca.

Es cuando sé que me encuentro en mi cama soñando con el insomnio y el puente desierto, porque el viento deja de tocarme a mí y al *Deméter*. La calma nos envuelve como un silencio, y las telas y amarres cuelgan sin vida a lo largo de todo el barco.

Y, entonces, puedo ver el viento.

Unirse, condensarse, primero invisible, luego el trémulo aire del mediodía, después agua corriendo, y aguas profundas de mar helado, y hielo límpido, y bruma, y niebla, nieve oscura, y al final noche sin luz.

Y en medio Petrofsky siendo desnudado lentamente por manos invisibles, abrazando sombras concretas.

Su boca abierta como para un grito, pero su lengua saboreando algo que no se encuentra ahí, sus manos aferradas a nada, su sexo libre para penetrar a nadie…

Un sueño.

Me digo que estoy en mi camarote, durmiendo lejos de la realidad, y que sueño el lejano, lento gemir del marino, el pesado respirar del placer. Al viento contestarle, abandonarse un segundo, exhalar en la densa satisfacción del orgasmo.

***

La noche nunca cesa cuando deseamos. Abro los ojos esperando el sol, la rutina diaria del despertar, con Arghezi trayendo la primera comida del día.

En cambio, está el mar oscuro, la estela gris que se pierde a lo lejos, el rechinar breve y definitivo del timón que lucha por mantenernos en rumbo. De nuevo el viento.

Olgaren mantiene la ruta, en silencio.

Las velas llenas son, con su color blanco, como otra luna pálida a lo lejos. Miro hacia proa, los palos del *Deméter* sosteniendo un pesado mecanismo de cuerdas. Imagino que es un follaje extraño; árboles ocultándose entre las hojas de tela y cáñamo que nos rodean.

Conducimos un bosque nocturno hacia otras oscuridades, inmersos en el aroma de la tierra oculta en la bodega. Tierra de Valaquia, donde aún abren las tumbas para certificar que sus muertos continúan inmóviles, con las manos limpias de señales de dientes, del minucioso roer secreto.

Los *Vieszcy*.

Muertos devorándose a sí mismos, dientes negros terminando con la carne oscura. Y los parientes muriendo al mismo tiempo, mientras se consume el festín secreto. Carne de su carne, alimento en la muerte.

Existen hombres que acostumbran dormir sobre las tumbas, esperando que el mundo guarde silencio, el respirar sin prisa de la noche, buscando escuchar a los moradores de los féretros, la carne desgarrada en las profundidades, hombres que se tragan su

horror cuando escuchan algo, y se aprietan contra el abismo que presienten bajo su cuerpo, sostenido y formado por la tierra negra en la cual ocultan su rostro, temiendo lo que se encuentre ahí...

Tierra que transportamos.

Miro mi sombra en la madera del barco, sombra nocturna de luna pálida.

Noto entonces que hay demasiadas sombras en el puente, cruzándose unas a otras, sombras grises y negras en donde se reúnen más de una, rastros de las múltiples luces que se han encendido.

Lámparas junto al timonel, suspendidas sobre la campana, junto a la borda, iluminando las escaleras que llevan al puente, el rostro blanco de Olgaren que fija su vista más en esa fogata diseminada en interiores de vidrio que en la brújula.

Son su protección contra la noche, la única forma de asegurarse de que nada salte desde lo negro sin que pueda ver qué es.

Pero... ¿y si el último regalo de la luz es la visión de algo que sólo pertenece a la noche? ¿Si la muerte es más misericordiosa que el aspecto de lo que viene por nuestra carne?

Pero no hay más protección que el fuego, las insustanciales paredes titilantes forman la habitación en donde nos ocultamos, el único espacio nuestro en la inabarcable casa del mar nocturno.

Me quedo junto al timonel sabiendo que no soy una compañía, nada capaz de fundir el miedo del hombre que mueve sin cesar los labios.

Sé la oración que está rezando, la letanía compuesta por números descendentes: los segundos que faltan para que amanezca.

Sé el porqué de mi miedo. Pero no el del timonel. No hay nada que pueda asustarlo; sólo noche y oscuridad, y el viento que no cesa, y las velas aleteantes, y un capitán con el rostro blanco que surgió de las sombras para no decir nada, mientras observa el cielo transparente del horizonte buscando la luz como única seguridad.

Sobre nosotros, el cielo va perdiendo consistencia, como si la

noche fuera un pez enorme que se sumerge en un mar del mediodía, desvaneciéndose su color en el azul transparente.

Amanece mientras la oscuridad va en busca de otras profundidades.

Junto con las estrellas desaparece el viento. La bruma se levanta del mar, y las velas pierden consistencia; ya no son tirantes pieles sino miembros cansados, débiles.

Ya no hay gemir del aire a nuestro alrededor, el aroma a tierra está lleno ahora de sal.

La velocidad del *Deméter* disminuye hasta casi detenerse. No hay más que mar a nuestro rededor, ni otros hombres que nosotros.

Es posible ver la nada que nos aísla.

Algo ha terminado. En esta calma es posible saborear esa noción, sentirla en cada porción de la piel.

Miro el amanecer y comprendo.

La luz no puede protegernos de todo.

II. BITÁCORA DEL *DEMÉTER*. DEL 16 DE JULIO AL 3 DE AGOSTO

MIRO junto a mí una botella rigurosamente preparada para el naufragio.

Cuando nos hundamos, cuando por fin nos entreguemos a las aguas o éstas nos reclamen, el mar dejará fuera una estela de objetos para marcar el sitio donde desaparecimos, telas negras, pedazos de madera, tal vez, si hay suerte (y se le pueda llamar suerte a que algo sobreviva a nuestro fin) la bitácora que resguardo en el cristal, memoria transparente escrita rigurosamente en noches y entre tormentas, palabras que no podré decir de viva voz a los armadores y dueños del Deméter. *Quisiera leer otra vez lo que he escrito, reconocer al hombre que apuntó por mí el horror.*

Sé que no soy yo.

¿Quién lo es cuando escribe y no sabe la silueta que sus palabras marcan? El brillo enfermizo de los hechos produce una sombra indeterminada, espectro al que no se le puede dar forma porque no somos nosotros quienes lo forjamos, y al que llamamos días, hechos, realidad.

Pocas palabras para mil eventos.

Yo también soy un espectro cuando escribo, es mi sombra despojada de todo la que habla a través de la tinta y el papel.

Voz de naufragio, que —extrañamente— no es el de tela rota, de madera abierta como herida, llena con las voces de quienes dejaron de gritar en medio de las aguas hirvientes.

Es la voz de la madera crujiendo levemente, de quienes susurramos antes de que pase nada.

Son los hechos, su trivial acumulación.

No soy yo, pero yo soy quien escribe apresuradamente, y mete cada foja en la botella, sin saber el tiempo del que dispongo, si alguien leerá alguna vez esas palabras.

Tal vez no importe.

Tal vez el que no me separe de la botella tenga algún significado.

Puede que al final aferre el cristal para llevármelo conmigo al fondo del olvido.

Entonces nadie sabrá jamás qué pasó, y el cómo dejé que sucediera.

Tal vez mi redención sea el callar mi propia voz (que no es mi voz).

Leo lo escrito.

¿Qué más puedo hacer mientras espero que las aguas vengan por mí?

Leo al hombre que escribió sin saber que eran para él esas frases secas, cortas, irreconocibles.

Leo para decirme que fue a otra voz, a otro, al que le sucedieron los hechos.

16 DE JULIO

El segundo me reportó esta mañana que un miembro de la tripulación, Petrofsky, ha desaparecido. No puedo, no podemos explicárnoslo. Después de la octava campanada entró a guardia de babor. No regresó a su litera cuando Abranoff fue a relevarlo. Los hombres están más inquietos que nunca, dijeron (los que se atrevieron a hablar más allá de un murmurar lleno de temor) que esperaban algo así.

No pude decirles que yo también aguardaba una muerte porque no tiene lógica alguna pensar en que el temor de nada pueda concretarse en "algo" que se cierre sobre la garganta de uno de nosotros.

Vlahutza se impacientó mucho con ellos; necesitaba más que una ausencia: cómo, cuándo, de qué forma Petrofsky dejó de ser.

¿Una explicación podría terminar con el miedo, diluir la silueta del que no está?

¿Quién dice que los fantasmas deben verse?

Petrofsky se encuentra en todos los sitios donde no se encuentra, su silueta se perfila a todo lo largo del *Deméter* y nos toca en cualquier instante.

Miramos el mar y comprendemos que —de no encontrarse a bordo— está en medio de esas aguas, de esa tierra consagrada

para nosotros, los marinos.

Pero ¿cuánta tierra susurra al otro lado de la madera?, ¿cuántas tumbas presionan contra la embarcación buscando ahogarnos?

Inútil pregunta.

¿Cuánta?

Ésta.

17 DE JULIO

Ayer, Olgaren vino a mi camarote y me dijo que había un hombre extraño a bordo.

Durante su guardia se guareció de la lluvia incesante en la camareta y, desde ahí, pudo ver a un hombre alto y delgado, que no era parte de la tripulación, salir de las escotillas, dirigirse sin prisa alguna hacia proa y desaparecer.

Lo siguió, aferrando sus cuerdas contra las tormentas en una mano, único amuleto a su disposición aparte del acero del cuchillo en su diestra.

Pensaba acorralarlo, un encuentro en medio del viento y la noche donde uno de los dos debía morir.

Era consciente de que ese encuentro con lo inesperado podía haberle sucedido a Petrofsky.

Por ello siguió al desconocido cuidando que no escapara por un costado, que no subiera al cordaje y lo emboscara desde lo alto del velamen.

Y, sin embargo, cuando llegó al otro extremo del barco, no había nada en las amuras.

Nada más que el mar al otro lado.

Un terror supersticioso lo dominaba, y temo que cunda el pánico.

18 DE JULIO

La descripción del extraño es la del enemigo. Alguien ajeno a nosotros, oculto para ignotos fines. Todos portan un arma de

acuerdo con su temor, con la magnitud de sus fuerzas. Joachim ha sacado un hacha y ésta es más grande que su brazo.

De haberse atrevido, en este bosque de tela y cuerdas, habrían empuñado antorchas, se hubieran lanzado a un *pogrom* contra un solo hombre.

Comprendí que, de cazar cada uno al extraño, era muy posible que las presas fueran ellos mismos.

Los reuní para inspeccionar el barco desde la roda hasta el codaste, de la obra muerta hasta la punta del mástil mayor.

Nadie dijo qué debíamos hacer al encontrar al polizón.

Nadie lo dijo mientras afilaban su acero.

Vlahutza, de mal humor, afirmaba que todo ello eran tonterías, que lo único que había a bordo eran cobardes asustados por sombras, y el mejor modo de eliminar ese miedo era a punta de espeque; ceder ante tales estupideces era desmoralizar a los hombres, aseveró.

Pero era mejor ceder que fermentar más tiempo el temor.

Lo dejé como timonel mientras el resto iniciaba una inspección exhaustiva, todos al mismo paso, con linternas y navajas, hablando entre nosotros, gritando a veces.

Línea de ruido, le llaman en la India, cuando se avanza entre la alta hierba provocando mil estruendos de tambores, metales y silbatos para provocar al tigre, para que huyera de la disciplinada hilera que impedía un escape hacia los flancos.

Claro que, antes de cada cacería, alguien comentaba que, a veces, la *línea de ruido* se encontraba con algo peor que un tigre, y los gritos enmudecían de golpe y un silencio lleno de sangre se derramaba en la espesura, y cuando mucho, se oía un grito que podía explicarlo todo:

—*Rákshasa.*

El Sediento de sangre y carne.

Pero sedientos también éramos nosotros, deseosos de matar un temor con un golpe afilado, de desgarrar la incertidumbre con nuestras armas.

No dejamos ningún rincón por registrar. Descubrimos lo extenso que puede ser nuestro pequeño *Deméter,* cuántas esquinas ocultas, cuántos escondrijos pueden existir.

Entre las cuerdas, bajo las literas, en los techos de los castillos…

Bajamos a la bodega todos al mismo tiempo, rodeamos los cajones de tierras buscando al fugitivo.

Pero, una vez más, había huido.

No encontramos a nadie, nada se enfrentó a nuestra furia que fue diluyéndose a cada metro que avanzábamos, que se convirtió en alivio al llegar al último rincón y saber que, de alguna manera, habíamos eliminado no sólo la posibilidad del polizón, sino su misma existencia.

—*Estaba* —aseguraba Olgaren.

Pero ya no.

—Tal vez saltó —dijo Acketz—, tal vez prefirió las aguas a la horca.

—Tal vez fue a reunirse con Petrofsky —gritó Vlahutza desde el timón.

¿Y por qué no? Todos recordaban la marca oscura de una violenta caricia en el cuello del desaparecido.

Posiblemente era el asesino de Petrofsky. ¿Y no habría subido a bordo con la ayuda del marino? ¿Y éste no se encontró débil de hambre porque compartía la mitad de su ración con el desconocido?

Tal vez pelearon en las sombras, tal vez el placer había engendrado la violencia.

Escuchaba a mis hombres y comprendí por qué unían las dos sombras en una: hermanados por nuestra ignorancia, cómplices porque no habíamos visto nada.

Pero la búsqueda había expulsado al extraño, mejor el agua como venganza que la sangre derramada sobre cubierta.

Los hombres se sintieron tranquilos al terminar el registro y volvieron al trabajo contentos. Vlahutza arrugó el ceño, pero no dijo nada.

Tardé en darme cuenta. Era el único que aún tenía miedo.

No encontrar al desconocido lo había aterrorizado más.

Están sucediendo cosas tan extrañas que en adelante, y hasta que volvamos a tocar tierra, voy a anotar todo cuidadosamente.

22 DE JULIO

Hace tres días que navegamos con mal tiempo, y todos los hombres se encuentran demasiado ocupados tratando de mantener unido al *Deméter* con su velamen.

Al finalizar el día, cuando el agotamiento nos cubre como un manto pesado y los músculos recuerdan el ritmo incesante de la tormenta pulsando en cada cuerda, a lo largo de la madera del barco, es justo decir que hemos olvidado el miedo.

Que no haya sucedido nada más que nubes oscuras, retumbar de truenos, la continua y profunda voz del mar parece haber tranquilizado a Vlahutza. La tormenta es algo tangible a que aferrarse. Puede diluir sus preocupaciones imponiendo su voluntad a los elementos. Que no naufrague el *Deméter* es todo lo que le interesa en este momento.

Por extraño que parezca reina la armonía. He felicitado a los hombres por su trabajo en mal tiempo. Hemos pasado Gibraltar y cruzado el estrecho.

Todo va bien.

24 DE JULIO

La anotación final del día 22 me mira como una burla de tinta china.

Entramos al golfo de Vizcaya con tiempo borrascoso y hemos sufrido otra baja.

Arghezi ha desaparecido en medio de la tormenta en la que hemos navegado todos estos días.

Fui a buscarlo al lugar donde realizaba su guardia y ahí se encontraba sólo la presencia negra de la lluvia.

Grité su nombre, y el estruendo de las olas fue lo único que me contestó.

Mandé a todos los hombres a buscarlo, y llegaron cubiertos de lluvia y miedo.

—Tal vez lo barrió una ola —dijo Acketz.

Tal vez, pero la tormenta no ha escorado el barco, ni han desaparecido los mil objetos dejados al descuido sobre cubierta.

Petrofsky fue un fantasma silencioso, Arghezi vocifera a todo lo largo del *Deméter*, voz de madera crujiendo, de velas a punto de romperse y cosas que caen y se agitan de un lado a otro.

Los hombres, es lógico, están aterrorizados. Grave fue que el silencio haya devorado a uno de ellos, pero tienen más miedo de la tormenta, de que las aguas se levanten del mar y vayan en su búsqueda.

Han firmado, trabajosamente, un documento pidiendo que se doble la guardia: cuatro hombres despiertos en cada turno. Somos siete, y el que sea imposible no importa. No cuando el viento golpea las puertas ansioso por entrar.

El primer oficial se ha enfurecido. La calma que la tormenta le brindó se agotó al leer la petición.

—Va a agotarnos, estúpidos…

Arrojó el papel al rostro de Olgaren, que sólo retrocedió: su responsabilidad terminaba con la entrega del documento; lo que hiciéramos dependía de nosotros.

De haber más sangre, estaría en nuestras manos.

¿Y si el miedo los convence a tomar el mando del *Deméter?* Dos vacíos, dos nadas recorriendo el barco pueden despertar el motín.

Temo que se cometa un acto de violencia.

25 DE JULIO

Olgaren vino de nuevo a mi camarote y dejó sobre la mesa su talismán, la cuerda que ata al viento.

Miro su cáñamo podrido, el oscuro hongo negro que devoró la cohesión del objeto.

Comprendo.

El amuleto se ha deshecho.

La tormenta se ha liberado por sí misma.

28 DE JULIO

Cuatro días en el infierno, sumergidos en una especie de

maelstrom, con viento de tormenta.

Cuatro días en que descubrimos cómo el miedo puede ser devorado por el agotamiento, que para asustarse es necesaria una energía que no tenemos.

La tempestad se hizo cargo de la petición firmada: todos hemos tenido que trabajar sin importar guardias u horarios. ¿Quién puede pensar en turnos cuando el mástil gime a punto de romperse, las cuerdas que sostienen las velas se deshacen en tiras ante algún golpe de viento, y el agua lame nuestros tobillos recordándonos que ha embarcado con nosotros?

Nueve hombres en cada barco no es número arbitrario. Lo sabemos ahora que sólo somos siete.

Nadie ha dormido.

No puede llamarse dormir al par de horas en que prácticamente caemos desmayados en un sueño lleno de mar abierto para nosotros, mostrando su obsceno interior de barcos hundidos y marinos ahogados.

Estamos exhaustos.

Nos hemos encontrado, durante minutos enteros, pensando cómo hacer un nudo, el sueño comiéndose nuestros pensamientos.

Se ha tocado el límite.

Es hora de asegurar todo, de arriar las velas, de amarrar la carga, y marcharnos a dormir sin saber si vamos a despertar en el fondo del océano o no.

Es hora de entregarse a la misericordia de algo que, sabemos bien, jamás ha tenido piedad.

Muresh vino a mí y me dijo que él iba a hacerse cargo del timón y vigilar.

¿Vigilar qué?

Las olas oscuras, el viento desorbitado, las nubes cayendo a plomo sobre nosotros, la niebla incesante.

Pero comprendo, un marino al timón es no entregarse por completo. Una esperanza, si esperanza puede llamarse a un hombre solo en medio del mar.

Podría haberlo besado, pero también el deseo necesita energías.

Yo, el resto de nosotros vamos a dormir cuatro horas.

Arriesgamos la vida por ello, pero ¿qué más puede hacerse?

Anoto esto rápidamente y me digo (mentirse a veces es necesario) que el viento está amainando, como si también necesitara descansar.

El barco va más estable.

29 DE JULIO

Me despertó el silencio.

La tormenta se ha desvanecido, dejándonos un mar inmóvil y el regreso de un sol helado sobre nosotros.

Los hombres reparan todo aquello que se ha roto, achican el agua, remiendan las velas.

Hoy dormirán toda la noche sin sueños.

Muresh y Abranoff se harán cargo al oscurecer. Demasiado agotados para alegrarnos, sólo esperamos que la tarde caiga.

Descansamos, dejamos que la mente vague sin ningún curso preciso.

Nos dijimos, con el cansancio satisfecho del que se ha librado de ella, que la muerte nos rozó antes de marcharse.

Pero no era cierto. No se marchó.

Ha ocurrido otra tragedia.

El grito de Joachim en una hora indeterminada de la oscuridad.

Cuando subió a cubierta para cubrir la guardia del alba, no encontró más que a Abranoff al timón. Muresh, que debía acompañarlo no estaba, había ido a investigar algo al otro extremo del barco.

—Pasos.

Pero nunca regresó.

Se dio la voz de alarma y acudieron todos. Efectuaron un registro completo, pero no encontraron a nadie. Y ahora, sin segundo oficial, la tripulación está aterrada.

No hay extraño a bordo ni tormenta a que culpar de la desaparición.

No hay más que la certeza de que Muresh estaba *solo* cuando,

lo que fuera, ocurrió.

Ya no un accidente: un propósito.

Vlahutza y yo hemos cargado las pistolas, asegurado un filo en los cintos y estamos atentos a cualquier signo preocupante.

30 DE JULIO

Es la última noche. Me alegro de que estemos llegando a Inglaterra. Tenemos buen tiempo, y todas las velas desplegadas. Anoche me acosté agotado; he dormido como un tronco; Vlahutza me ha despertado diciendo que faltan Acketz y Joachim. Que el timón estuvo libre por muchas horas, en la oscuridad, y hemos perdido el rumbo.

Ahora sólo quedamos a bordo Olgaren, Abranoff, Vlahutza y yo.

1º DE AGOSTO

Dos días de niebla continua, una nada que devoró el mar, las estrellas, las costas que podrían decirnos dónde estamos.

Miro las cartas de navegación, papel muerto sin datos precisos.

La niebla rodea el barco como un sudario, nos recuerda que nos ha expulsado del mundo exterior.

No hemos visto ningún otro barco, no sabemos si entramos al canal de la Mancha o hemos seguido de largo hacia un destino al que nunca llegaremos. Nadie a quien mandar un mensaje desesperado de ayuda.

No somos suficientes para bracear las velas, deben permanecer hinchadas de aire y humedad sobre nosotros, le hemos cedido la dirección del *Deméter* al viento y al mar, que —sobra decirlo— parecen estar en nuestra contra.

No me atrevo a arriarlas porque no habría forma de izarlas otra vez.

O porque ignoraría hacia dónde nos empuja esta terrible fatalidad.

Vlahutza está más asustado que todos nosotros.

No puede imponer su rango a los desaparecidos.

Mira las cuerdas con indiferencia, no busca un hueco en la niebla para usar el sextante.

No le importa. No el destino de madera.

No ha dejado en ningún momento sus armas y a la niebla no puede golpeársele con un filo, a la deriva es imposible dispararle.

Pero a algo vivo…

¿Qué en este páramo?

Su naturaleza, más fuerte, parece obrar interiormente en contra suya. Los hombres están más allá del miedo, y trabajan imperturbables y pacientes, resignados a lo peor. Son rusos; el segundo es rumano.

2 DE AGOSTO

Medianoche.

Un grito.

No parte del sueño, al otro lado de mi portilla. Grito de dolor.

No se veía nada, con la niebla.

He salido precipitadamente a cubierta y no he sabido hacia dónde correr. Vlahutza me gritó desde un lugar iluminado por lámparas, el refugio de Olgaren en contra de la noche.

No hay más que un cigarro que aún humea, un vacío gritando con su silencio.

Miramos la brasa hasta que se apagó.

Abranoff observó su propio cigarro, y después fue a arrojarlo por la borda como si fuera un ojo incandescente que, de repente, le hubiera hecho un guiño.

¡Señor, ayúdanos!

Vlahutza opina que hemos pasado por el estrecho de Dover, que —justo en el momento en que Olgaren gritó— la niebla se abrió lo suficiente para haber visto Nort Foreland.

Si es así, estamos aún en ruta, navegando sin rumbo en el mar del Norte, y sólo Dios puede guiarnos en medio de esta niebla que parece acompañarnos; pero parece que Dios nos ha abandonado.

A medianoche vine a relevar a Abranoff, a cargo del timón, pero al llegar aquí no estaba.

El viento mordía el velamen y un cambio de rumbo era capaz de arrancar la arboladura, escorarnos.

No me atreví a dejar el puesto y le di una voz a Vlahutza. Unos instantes después subió corriendo en paños menores, indiferente a la feroz llovizna cargada de hielo que nos azotaba.

Tenía los ojos muy abiertos y extraviados. Miraba la cubierta y a mí, y supe que veía sombras que yo ignoraba.

A pesar de verme luchar contra el timón no vino a ayudarme, subió lenta, cuidadosamente las escaleras, hasta mi puesto, mientras sacaba un cuchillo enorme de entre sus escasas ropas.

Se colocó detrás de mí, deslizante.

No podía verlo, sólo esperar...

El filo...

Y sentí su aliento un segundo en mi nuca, deslizándose por mi cuello, llegar hasta mi oído.

Sentí, claramente su respirar profundo, la calidez de su boca, rozando mi carne.

Pegó sus labios a mi oreja y empezó a susurrar ferozmente:

—*Él* está aquí.

No un gesto de amor, sino de miedo. Tenía miedo de que lo escuchara el mismo aire.

—Lo sé ahora. Pude verlo anoche: es un hombre alto y delgado, y parecía brillar con esa palidez enfermiza que tienen los hongos. Estaba en las amuras, viendo el mar. Hizo un gesto y la niebla se apartó cuando él lo ordenó y pude ver las estrellas sobre nosotros. Lo vi mover los labios (rojos, hinchados) retorciéndose mientras musitaba algo. La *estima,* el rumbo. *Usurpador.* Me puse sigilosamente detrás de él, como me puse detrás de usted, y le lancé una cuchillada.

Su voz vibraba, bajando y subiendo de tono, desde un ronco susurro hasta casi un femenino grito: había perdido por completo el dominio de sí mismo. La cordura.

—¿Ve este filo?, ¿lo *ve*? si se lo enterrara en el ojo... ¿cree que podría sentir lo frío que es en medio de su sangre viva?

Siempre lo creí. Creí en la voz del acero… y me falló. No sé cómo. Le lancé una cuchillada, pero el acero pasó a través de él sin resistencia, igual que si atravesara el aire.

Mientras hablaba lanzó un golpe, otro, como si la oscuridad fuera ese hombre, sentí una súbita quemadura, y el deslizarse de la sangre por mi mejilla, acababa de herirme y no se daba cuenta.

—Sé dónde se esconde.

Empezó a reírse.

—¿Qué no es normal en este barco? —dijo.

Usted.

—La carga, las malditas cajas de tierra en la bodega, ¿sabe? debe esconderse en una de ellas. Una de las tapas debió ser falsa. Las destornillaré una por una, y lo encontraré. Ocúpese usted del timón.

Se asomó sobre mi hombro, tocó mis labios con sus dedos febriles.

—Shhh.

Fue por una caja de herramientas y una linterna y empezó a bajar por la escotilla de proa.

Está loco, completa y rematadamente loco; es inútil detenerlo.

¿Qué daño puede hacerle a la carga? Y nada puede importarme menos que la tierra que transportamos.

Sólo me cabe confiar en Dios y esperar que levante la niebla. Entonces, si este viento me impulsa hacia un puerto, cortaré las cuerdas, dejaré libre el viento de las velas y pediré socorro.

Pensaba en ello cuando Vlahutza gritó.

¡Señor, que no vuelva escuchar gritar a ningún hombre!

No como Vlahutza, no como Mijaíl.

Se me heló la sangre y estuve a punto de ir en su auxilio.

Pero salió de la escotilla y pude ver en su rostro la locura, sin fisura alguna. Gritaba y sus ojos saltaban en busca de una salida y era posible ver que se había manchado de su propia orina.

—¡Sálveme! —gritó— ¡Sálveme!

Y, de repente, del mismo modo en que sus expresiones cambiaban sin control alguno, volvió a ser Vlahutza,

simplemente, y me vio solo, aterido, patéticamente aferrando el timón.

¿A quién iba a salvar yo?

—Venga conmigo —dijo por última vez un hombre cuerdo—. Sería mejor que viniese usted también, capitán, antes de que sea demasiado tarde. Está aquí. Ahora sé el secreto. El mar me salvara de *Él*. ¡Es el único remedio!

Antes de que pudiera hacer algo, saltó por la borda hacia el mar vociferante, a los pulmones estallando, a la asfixia interminable.

Sin dudar prefirió el rostro negro de los ahogados, la boca desencajada por la desesperación, las manos abriendo sangrientos surcos en la garganta cerrada definitivamente por el mar.

Saltó hacia eso, ansiosamente.

Creo que ahora sé el secreto yo también.

Ha sido este loco quien ha ido eliminando a los hombres uno tras otro, y ahora les ha seguido.

¡Qué Dios me asista!

¿Cómo voy a explicar todos estos horrores cuando llegue a puerto?

¡*Cuando* llegue a puerto!

¿Acaso llegaré alguna vez?

III. VOCES COMO POLVO. POSIBLEMENTE DEL 4 AL 6 DE AGOSTO

VOCES como polvo, cubriéndolo todo, escondiendo la inmovilidad del mundo.

El hecho de que estoy al timón de una nave de muertos.

¿Y qué importa?

Las voces están vivas y me rodean como hicieron una vez mis hombres. Voces que me pertenecen, que no anotaré en la bitácora del *Deméter* que una vez dentro de la botella ha dejado de pertenecerme.

¿De qué puede servirle, a quien aparte la sal de las hojas, el que le hable de Olgaren cerrando la puerta detrás de sí, acercándose a decirme, sin reparar en lo imposible de sus palabras, de la existencia de un lobo en cubierta, tibia piel de asesino recorriendo el poco espacio con pasos salvajes y el calor insano de su hambre, acechante?

El *Deméter,* un bosque desnudo, que me han heredado al morir.

Acketz y Joachim gritando, dejando caer sobre mí el horror indeterminado de no saber qué ha convertido a un par de hombres fuertes en voces rotas.

—El velamen está vivo —dijeron.

—Se abrió la niebla, capitán, y pudimos ver… ver…

—Las telas cambiaron de color.

—Eran negras, capitán, y desgarradas sobre los mástiles, agitándose al viento…

—Viento que no existía…

—No supimos cómo, por qué se habían roto todas, desgajadas, restallando aún cada pedazo…

—… cuando las tocamos gritaron, todas ellas.

Y la tela oscura se agitó por sí misma, se movió bajo su propia voluntad, palpitando obscenamente.

Después, se echó a volar.

Un millón de murciélagos cubriendo las velas intactas, un millón de alas membranosas agitándose en el aire, subiendo en espiral sobre nosotros, perdiéndose en las nubes de tormenta que —a su vez— gritaron lluvia y viento.

Los días se confunden, días amalgamados a otros días por el temor, los hechos insanos, el silencio que fue cubriéndonos sin saber cómo.

¿Guardábamos nuestra cordura con el silencio, o temíamos romper la frágil membrana de la normalidad con nuestras voces?

Cuando alguien hablaba, era posible escuchar su desesperanzada soledad, eco en la caverna inmensa del mundo y era tan débil, tan insignificante que temíamos ser reducidos a ello.

Sin embargo, el silencio también pesa y a veces nos arriesgábamos a romperlo para poder respirar.

Vlahutza, al timón, empezó a hablarle a la ruta, a la madera, a mí, de su corta estancia en París.

—Yo conocí a Martin Dummolard —dijo, como si estuviera orgulloso de ello—. Me hospedé en la posada de Justin Lafayette, en Lyon. Era casi un niño, entonces. Podría decirse que era carne fresca, capitán. Dormí como si no hubiera un par de asesinos en la casa, cerré los ojos sin imaginarme que ambos comían carne humana; mi padre y yo nos fuimos, después de pagar unas monedas, ignorando la suerte que nos salvó en ese instante. Dummolard era el asesino, abriendo cabezas para regalárselas a su amante, sorbiendo la sangre como si fuera un crimen dejar que se derramara, sacando un cuchillo curvo para cortar las partes carnosas del cuerpo: los muslos, los brazos, ocasionales senos que ella comería en su habitación perfumada, entre los encajes y adornos que han hecho famosos a París, monstruosamente hinchada, blanca, como los gusanos que surgen de la carne. Quienes fueron a arrestarla no deseaban ponerle la mano encima, pues tocarla era llenarse de líquidos innobles; de alguna forma, el hecho de que llevara años comiendo únicamente cadáveres la había convertido en otra cosa, y parecía moverse como si la carne inmensa fuera un objeto que pudiera

impulsarse a sí mismo, plural, con la sincronía perfecta de los insectos. Hubo un tribunal y pruebas y, si bien es cierto que más que una ejecución legal fue un linchamiento, también lo es que ella gritó hasta al final del tormento: "¡Son carne, carne, carne!", y mordió a los verdugos y saboreó por última vez sangre humana antes de arder.

Vlahutza sacó de entre sus ropas un viejo rosario, centelleante cruz de plata vieja y se puso a darle vueltas entre los dedos, como si ello pudiera salvarle de los sueños.

Dios mío, podría haber rezado, *líbrame de la memoria de mis días, de las imágenes que ofreciste a mis ojos, del susurrar lleno de significado del Silencio a mi alrededor, Padre Mío, ofréceme la Paz de la Ignorancia para que el filo que busca mi carne y mi sangre no pese tanto antes de matarme...*

No ignoraba que el delgado y nervioso Dummolard, y la gigantesca Justin, lo desearon.

Querían su carne en la oscuridad, la sangre oculta en sus venas, los líquidos secretos de su cuerpo.

Se preguntaba qué Hambre iba a ir por él en la oscuridad.

—¿Me desea, capitán? —preguntó en medio de la oscuridad de una noche demasiado grande.

—Sí —dije, porque todo se había derrumbado ya, y él temía a los demás tripulantes, convencido de alguna forma de que alguien preparaba cubiertos y especias.

Me miró de tal manera que me arrepentí de haberlo confesado. El mundo una grieta, y yo un borde que se desgajaba.

—Si se acerca a mí, lo mato —dijo, escupiendo las palabras como si su desprecio pudiera limpiarlo de mí.

En ese momento yo era Martin para él, mi deseo, una Justin Lafayette blanca e hinchada entre mis muslos.

Un monstruo en medio de la obscena noche.

Como monstruo fue Mijaíl, derribado por uno de los mil brazos que poseía la multitud. Un disparo, una piedra, el millón de gritos que lo cercaron.

—Mató al niño —mentían—. Mató al niño.

Pero yo lo sé, ellos, que el niño no lo era más que para la persecución, una máscara para un adolescente, justificante de

una rabia que no necesitaba más razón que su furia desmedida. Intoxicados por el poder de ser mil, por lo imbatibles que eran ante la amenaza de un solo hombre.

El "niño" aceptó las caricias de Mijaíl, y su padre *mujik* prefirió matarlo a aceptar que la desnudez no era un pecado, y las caricias que se ofrecieron en la oscuridad, en el resplandor de sus sentidos, no lo manchaban irremediablemente a *él*.

Pude gritar, pude ofrecerme yo también como sacrificio. Pero sólo me quedé en las orillas de ese mar moviéndose al impulso de su furia.

Mijaíl se hundió en esas aguas humanas, y al caer gritó.

Una sola vez.

El grito de Vlahutza.

Sobre su piel se alzaron los azadones, la carne se abrió a las heridas. Oleaje: los filos elevándose. Espuma: la sangre que saltaba hacia los rostros, bautizando a la multitud con el agua innoble del asesinato.

Bautizo que la multitud bebió, satisfecha.

Lo enterraron en un cruce de caminos, para que su espíritu no encontrara el camino de la aldea.

Enterraron espinas de rosal en sus ojos, condenándolo a la oscuridad, aun en la muerte.

Le llenaron la boca de ajos, pensando que —con ello— no contaminaría a nadie con su aliento y ¿qué se puede besar mientras los gusanos devoran incansablemente?

Un sacerdote daba las órdenes; él mismo empuñó el largo cuchillo que separó la cabeza del mutilado cuerpo.

La puso boca abajo, y escupió en la nuca una maldición.

Después, clavaron el cuerpo en la tierra mediante una estaca de madera.

El cuerpo era una bestia para ellos; la carne, un monstruo que cedió a un instinto incomprensible.

¿Qué imaginaban, realmente, que detenían con todas esas ceremonias?

El placer inimaginado convertido en una susurrante silueta que iba en su busca, apretándose contra sus ventanas, tocando instintos anidados por años, convenciendo a *su* carne de ceder

a... ¿qué?

Tal vez porque no querían saberlo sembraron brezo sobre la tumba, condenando a Mijaíl a las infames raíces.

Supe que Vlahutza, de ser mil, sin la ruta pesando sobre su alma, hubiera ido por mí, con armas y furia, dispuesto a las espinas de rosal, a la estaca de madera, al cruce de caminos donde dejar lo que yo era.

—No soy un monstruo —le dije al *Deméter,* aferrando el timón en medio de la niebla— No soy un monstruo.

Pero ellos sí.

Petrofsky subió al *Deméter* desde las aguas oscuras, un susurro lleno de mar, arañando la madera y el metal del casco, subiendo como un insecto marino, aferrándose a las grietas y a la herrumbre.

Primero vi sus manos, buscando. Jamás pensé en un náufrago, en que alguien abordaba sin permiso mi nave. ¿Cómo pensarlo si aquello tenía los dedos abiertos, la carne rota hasta el hueso mostrando un fugaz resplandor blanco que hería al barco en su desesperación por aferrarse a él?

Petrofsky era la imagen que todos los que vivimos del mar atesoramos para no dejarnos seducir por su líquida belleza, por el desorbitado abismo sobre el que navegamos, ofreciendo sus profundidades casi como un regalo, la verde indeterminación llamándonos siempre.

Rostro abotagado, manos grises y monstruosamente hinchadas, los labios negros abiertos a la incesante violación de las aguas, en un grito que nadie escuchó pero que seguía existiendo en ese gesto.

Después de subir a cubierta se quedó ahí, inmóvil, tal vez para permitir que yo bebiera todo el horror ofrecido en el cáliz de su cuerpo.

No grité.

Después, hoy, me pregunto por qué no grité.

¿Era mejor ese hombre muerto, frente a mí, que el silencio que me estaba desgastando?

¿O era cierto aquello que dicen que lo peor del horror es que no hay horror? Después de los signos de tormenta, de las

sucesivas desapariciones, de las ratas y los sueños… ¿qué era un hombre muerto sobre cubierta más que un hombre muerto?

Tal vez Justin Lafayette se encontró, alguna vez, con un plato lleno y lo que comía ya no era un pecado, carne arrancada a la cordura del mundo, sino, simplemente, algo demasiado cocido.

¿Extrañó los gritos de las víctimas, la sangre fresca corriendo por sus labios?

¿Fue por ello que obligó a Martin Dummolard a enamorar a quienes iban a comerse?, ¿lo hizo llevarlas a la pensión, observó desde las sombras la paulatina desnudez, el cuerpo moverse sobre otro cuerpo, las mató en el momento último del placer?

¿No era el jugar con ellas lo que devolvió la felicidad a su Hambre?

¿Qué detalles se contaban al masticar sus trofeos?

Algo a qué aferrarse, un símbolo que dijera que esa carne era algo más, y el hombre muerto en cubierta, otra cosa.

Fue recordar la marca oscura alrededor del cuello de Petrofsky lo que me hizo reaccionar, lo que golpeó la indiferencia que me había salvado del espanto.

No hace mucho, deseé esa carne gris, besar aquellos labios negros, beber los líquidos guardados dentro de ese cuerpo.

Después de él, subió Abranoff, que grita su desesperación aferrado a las velas, como una araña enorme, y Olgaren devora las provisiones que no lo alimentan ya, frenético de hambre ha empezado a comer a puños las cuerdas y cordajes, buscando —posiblemente— el nudo que detenga su hambre, y Muresh viene cada noche a mi puerta, toca civilizadamente y me suplica, con la voz del que pide un pequeño favor, que le sirva un poco de carne: la mía para que él pueda morder suavemente, sorbiendo con cuidado la sangre, y Acketz ha empezado a roerse un brazo, interminablemente.

Tal vez el peor de todos ellos sea Joachim, que se sienta a mitad de la cubierta y gime, como si la muerte doliera.

Espectros pálidos bajo la tormenta.

Los miro y no hay temor de ellos, el hecho de que estén muertos y busquen mi sangre no es suficiente.

¿Cómo temerles si se reúnen en la oscuridad, apretándose

unos contra otros, como si pudieran —juntos— resguardarse del frío, de la noche en la que viven? Niños heridos por la lluvia.

Los miro recorrer el barco, tomar los objetos que atesoraron una vez y no encontrarles sentido alguno. La muerte, un filo cortando la realidad de tal manera que, desde el otro lado, nuestro mundo no sea más que una colección de cosas insensatas.

¿Fui esto? ¿Estos signos de hechos pasados, de recuerdos sin sentido ya?

Nunca más.

¿Por ello los dejaron caer, romperse? El saber que la muerte es el dominio de lo perdido.

No sólo les arrancaron la vida, el respirar, sino el mundo entero, el sol, lo que eran.

Se mueven por todo el *Deméter* buscando los límites de su encierro. Pero no es esta vieja goleta lo que los aprisiona, su prisión no es la que navega en medio de la niebla.

Son prisioneros de su carne, han sido encerrados en su apetito simple de sangre, en la necesidad.

Son Sed.

Han vencido a la muerte, se levantaron de la tumba y caminan por su propia voluntad; a veces su cuerpo se descompone en una miríada de puntos de luz enfermiza, o sus pies se convierten en mil ratas blancas que, a su vez, son niebla y de nuevo sólo pies que no pueden llevarlos a ninguna parte, y suben el mástil como insectos para después bajar cabeza abajo como si no tuvieran peso y sus uñas y dedos abiertos fueran suficientes para sostenerlos, y todos esos portentos no importan, la Oscura Magia nada significa, porque son Sed.

No hablan entre sí, nadie ha tratado de convencerme que el Otro Lado es mejor, que las aguas negras de la muerte son placenteras.

¿Cómo, llenos de hambre, hablar de los reinos de la Oscuridad?

Tal vez lo ignoran, tal vez al no ser invitados al castillo negro de la disolución, su cuerpo sobrenatural es todo el universo que conocen.

Tal vez Alma y Carne se han amalgamado en la necesidad.

El sacerdote de Dzerzhinsk nos ofreció siempre el discurso del miedo: lo necesario que es matar las necesidades de la Carne para preservar el Alma.

La Perdición, dijo, *es torturar al Alma mediante la voz de la Carne*.

¿Y si son Una?

¿Y si el Alma eterna que nos prometen en las iglesias puede serlo, siendo también Carne?

¿No es un precio pequeño la Sed por ese Don?

Aunque ¿cómo convencer de ello a los que la sufren?

Mi tripulación salió del mar, en la oscuridad, y fueron en mi búsqueda.

Yo los vi acercarse a mí, niebla viva, carne rota y, sin embargo, llena de necesidad. Debí gritar, refugiarme en la locura al pensar en sus manos abriendo mi cuerpo, en el tacto insano, acariciándome.

Era mejor saltar a las aguas, perderme en el mar junto con Vlahutza, ¿quién iba a saberlo?

Pero me quedé en el timón, observando cómo se acercaban con sus movimientos de insecto, las bocas llenas de una saliva espesa que caía lentamente, anticipando el sabor de mi carne.

Lo único que pude hacer, lo último, era pedirles perdón por haberlos embarcado en un viaje maldito.

¿Quién no ha oído de los barcos navegando sin nadie a bordo? De las comidas humeantes sobre la mesa, y las cartas agrupadas como si nada hubiera interrumpido la partida.

¿Qué es más terrible: el saber de la desaparición o el casi haberla tocado?

El mar necesita, a veces, un sacrificio: el misterio de lo que sucedió en el último momento.

Viejos barcos soportan tormentas insospechadas, y resistentes embarcaciones han naufragado bajo el sol y la mar calma.

¿No es por ello las pequeñas supersticiones; la saliva que escupimos en el timón y en el muelle, rogando porque vuelva a reunirse, las cuerdas de Olgaren para amarrar los vientos, el rosario de Vlahutza conmemorando los misterios, las oraciones *mujik* que no he olvidado, el no matar albatros, no derramar

sangre impura por la borda, el hacer figuras con la sal?

Debí tomar puerto cuando aparecieron las ratas albinas, obligar a Melih a que se quedara a bordo y me dijera que no había peligro en el *Deméter,* debimos huir de las interminables desapariciones.

Éste, el pago de mi indecisión: mis hombres subiendo desde su tumba de agua, viniendo por mí.

El milagro oscuro.

Secreto.

Salieron para hundirme en el misterio, para que fuera sólo la bitácora y la nada quienes hablaran de nosotros.

—*Sí* —les dije, ofreciéndome a ellos. ¿No es lo que deseé siempre, ceder a su necesidad, complacer sus sentidos, dar la paz a su cuerpo?—. *Sí.*

Tenía en mis manos el rosario que el primer oficial dejó caer en el último momento, como si Dios no fuera necesario al entregarse al olvido del mar, y ellos lo miraban como si fuera un arma, la última barrera que los detenía.

¿Esto? ¿Un hombre muerto en una cruz?

El símbolo de Alma y Cuerpo separados. El signo de miedo del sacerdote de Dzerzhinsk, el hombre que plantó una estaca en el cuerpo de Mijaíl.

Dejé caer las cuentas, dejé que golpearan el suelo a mis pies.

No iba a detenerlos.

Sentí que era justo que vinieran por mí. Ojo por ojo.

Mi muerte por la de ellos.

Sangre por sangre.

Voces de plata, hablando con mil tonos desconocidos, llenando cada palabra con la sombra de sonidos más allá del oído humano.

—*Sangre.*

No era necesario que dijeran más.

Pensé en esos patéticos niños que se han hartado de mendigar en los puertos y se esconden en los barcos, creyendo que los viajes, cuidando una carga maloliente, son un destino mejor.

No pueden ofrecer una fuerza que no tienen y generalmente dan a cambio del hipotético aprendizaje lo único que poseen y lo

que han vendido desde que descubrieron que pueden saciar un hambre específica.

Carne blanca y nudosa, las caricias de una boca que ha aprendido que no hay nada más ignominioso que el hambre.

Grumetes.

¿Cuántas veces no soñé en tomar uno de ellos e ir cubriendo su piel con mis labios, hacer el trato que me diera libre uso de su carne?

No lo hice porque esos pobres seres no tienen voluntad, y se prestan al placer sin placer, atentos a naderías mientras se buscan en su interior algo más que esfínteres cerrándose mecánicamente.

Uno comprende de inmediato que no están en ese instante, que han dejado su cuerpo a merced de la necesidad, pero que se encuentran, tal vez a salvo, tal vez meramente indiferentes, en otro sitio.

En Bulgaria hablan del *obours,* que abandona la tumba convertido en un ser sin huesos, de carne esponjosa, inmaterial, que —a veces— no produce sombras porque su esencia no está ahí.

Cuando esos niños se prestaban al incesante golpear de las mareas del sexo, tanto daba que estuvieran vivos o que fueran esos espectros insomnes recorriendo los bosques en busca de lo que habían perdido.

Mi tripulación no eran *obours.*

Lo era yo.

Carne sin voluntad a su disposición.

Cuando lo hemos perdido todo, ¿no es lo último que poseemos? La piel y la memoria.

No importaba.

Vinieron a mí arrastrando su necesidad desnuda, despojados de todo rasgo humano, perros buscando los mendrugos arrojados.

Supe, entonces, el terrible precio de la Carne y el Alma convertida en Una.

¿No sería el Paraíso para un ser humano la Carne Eterna?

¿Y si para lograrlo se debe dejar de ser humano?

Vinieron a mí transformados en monstruos. En Justins. Ella era humana, pero no sus Apetitos.

Sed, me dije, son Sed.

A *eso* se han reducido. Ello es su esencia; vacíos de todo.

Una vez satisfecha el hambre, con el cálido alimento dentro de sí… ¿qué harían? ¿Empezar a explorar sus nuevas habilidades, felicitarse por haber escapado a la muerte, acariciar su carne gris?

Podrían hablar de Inmortalidad, de los ciclos enormes de los cuales serán testigos, del girar de constelaciones, de la tierra inmóvil desplazándose con los siglos. De lo Eterno, y la belleza del mundo fuera de la luz del sol.

Tal vez descubrieran sentidos secretos, placeres nuevos, la satisfacción de ser, incesantemente.

Hasta que la Sed regresara.

En los puertos de África, llenos con el calor absurdamente vital de los invernaderos, donde todo puede crecer, y cualquier cosa nacida bajo el sol parece posible, venden monstruos de Ghana, deformados seres de dientes enormes, tan grandes que, de cerrar sus mandíbulas, atravesarían el paladar hasta el cerebro.

No son más que ratas alimentadas desde el nacimiento con líquidos, amarrando la boca para que jamás pudieran roer, limar el incesante crecer de su dentadura.

Los monstruos de Ghana deberían morir abandonados a sus propios medios, pero algunos, los valiosos, los que ofrecen en jaulas trenzadas, utilizan sus colmillos desorbitados para abrir a otras ratas y beber su sangre, estremeciéndose de hambre.

No se aparean.

En cuanto sus dientes tocan otra piel deben abrirla, no hay más placer que el de rasgar, romper la carne para alimentarse.

Son su deformidad.

Los colmillos pueden romperse fácilmente, pero aún sin ellos son incapaces de regresar a lo que nunca fueron. Podrían morir en una bodega de granos.

Su paraíso: un mar de sangre que los alimente sin cesar.

Mi tripulación, los espectros que vienen con su forma

sobrenatural tras mi sangre, han sido reducidos a ello: son monstruos de Ghana con la terrible maldición del pensamiento.

Somos sibaritas, tal vez se dijeran —después—; *placer eterno, inmortal.*

Pero no son más que ratas torturadas.

Y yo era su alimento.

Debieron comer de mí, romper la frágil barrera de mi piel y sumergirse en mi sangre, bañar sus rostros hambrientos. Terminar en ese instante con lo que yo era.

Eso me hubiera redimido.

Pero no me mataron.

Él —¡Eso!— lo impidió.

La Crueldad que Deforma. El Hacedor de Monstruos.

—Es mío —dijo, con una arrogancia sin límites.

Lo he visto en la oscuridad. ¡Que Dios me perdone, pero Vlahutza ha hecho bien en saltar por la borda! Es preferible morir como hombre; nadie puede reprochar a un marino que elija morir en el agua azul.

Mis hombres se apartaron, abyectamente, como perros ante la voz de un Amo asesino.

El hombre alto y delgado.

Ni siquiera se molestó en acercarse, lejos, mirando el mar, lanzó su orden sin apartar la vista de la noche que lo convertía en una sombra indeterminada.

Podía sentir el poder que emanaba de él, la fuerza contenida en cada uno de sus movimientos.

Recuerdo que fui a ver al Transiberiano, el tren que —a la larga— va a asesinar a las goletas y a los capitanes como yo, con su segura ruta de rieles atravesando la aparentemente infinita Rusia, tocando los puertos importantes, llegando desde tierra en vez del indeterminado mar.

Su presencia de acero, vibrando a través de su piel negra, contaminando todos los vagones con el vibrar de fuego de su máquina.

Imaginé no apartarme de su camino, mirarlo acercarse en medio de las vías.

Ese hombre, esa *cosa,* tenía la misma fuerza, y además, la

crueldad de los hombres, como si el Transiberiano pudiera saltar de sus vías y atrapar a quien creía haberse librado de su furia.

—No soy tuyo —grité—. No soy de nadie.

Y él se rio, suavemente, sin apartar la vista del horizonte negro.

—Eres de Mijaíl —dijo— de tu pequeña necesidad del placer. *Capitán:* eres del pecado que cometiste contra ese hombre. Del hecho de que lo iniciaste en la seducción del placer cuando no podía defenderse. Fuiste a él; en la oscuridad, erecto, cuando no podía decir no a tus caricias. Fuiste, y él aceptó, cierto; y continuó más allá de tu carne, y al final fue aplastado. Lo obligaste a comer de un fruto prohibido y la recompensa fue una estaca violando interminablemente un cadáver sin paz. No eres mío. No *mereces* serlo. Capitán: eres de ti mismo y sirves a un amo ínfimo.

—¿Cómo…?

—¿Cómo sé todo? Me lo contaste tú mismo, en tus sueños, me diste los secretos de la *estima,* del rumbo, por un poco de placer. Hiciste un trato conmigo. El destino del barco a cambio de cumplir tus necesidades. Y no me mires con asco, hombrecillo, eres como yo.

No dijo más, continuó disfrutando de su viaje mirando al mundo convertido en noche, sin tierra, ni luz humana alguna, reclamando su dominio.

Debí golpearlo, enfrentarme a él de algún modo. Mi furia representada en las armas, dejar que el acero viviera su débil sueño de tigre, que la pólvora estallara en mis manos tratando de borrar su rostro.

Vlahutza golpeó esa carne inmaterial en vano.

Y *Él* sabía que yo era incapaz de herirlo. ¿Qué arma a mi disposición?

La tripulación regresó al agua, cuando un trazo gris apareció en el horizonte: el amanecer.

El hombre abandonó su vigía y fue caminando hacia la bodega, serenamente, como quien se dirige a un lujoso camarote.

¿Por qué ahí?

¿Quién podría disputarle los camarotes vacíos, mi propia

cama desnuda? Sin embargo, se dirigió por su propia voluntad al maloliente agujero.

A las cajas que guardábamos ahí.

Adiviné que descansaba en ellas, que sólo podía reposar en esa tierra rezumante, entre esos gusanos ciegos traídos desde sus dominios, custodiado por las ratas albinas.

Fue hacia allá, deslizante, indiferente al oleaje y al movimiento constante del *Deméter*. No como un hombre de tierra, no como un hombre de mar. Algo más, diferente. De reinos ajenos a la experiencia humana.

Sonriente.

Había trabajado en los suficientes cruceros para conocer ese gesto.

El de los pasajeros que saben que, al otro lado de las aguas, lo esperan placeres desconocidos, ignotos pero seguros de realizarse. Sólo el viaje separándolos de nuevos manjares, de experiencias dulces que aguardan su arribo, y por ello mismo la travesía era un placer, un largo y plácido saborearse del alimento cierto.

¿Y qué otro placer podía tener *aquello* que otra carne, que gente desapareciendo sucesivamente, sumergiéndolos en la oscuridad?

Esa *cosa* se mudaba.

Recordé a los *szaganys* trayendo las cajas, ayudando a ese ser a subir a mi barco.

Denn die Todten reiten schnell.

Porque los muertos van deprisa.

A Inglaterra.

Seguramente a un Londres de cuatro millones de habitantes. ¿Cuánta sangre ahí?, ¿cuánta gente dispuesta a ser como él?

Imaginé un mundo donde seremos ganado, y los estandartes de los monstruos ondeen sobre tierras devastadas, mientras un millón de murciélagos en las alturas vuelva eterna la noche.

Donde ignorantes capitanes lleven semillas infames en sus barcos a nuevas costas, a cambio de un placer ambiguo.

Grité, seguí gritando, grito aún.

Cuando pude calmarme, cuando me obligué a ser otra vez yo

mismo, me encontré de nuevo con la niebla y el impulso insano de la tormenta, con una miríada de polillas enfermizamente pálidas de ojos incandescentes vigilándome. En la noche. Con mis hombres, a mi alrededor, patéticos en su hambre desmedida.

—Yo no maté a Mijaíl —les dije—. No los maté a ustedes.

—No matarás a Londres —dijo el hombre disfrutando de su viaje, riéndose de mí.

El odio siempre se alimenta de desesperación. Y la mía era infinita.

Debía herir a esa *cosa,* era mi deber hundirle de alguna forma el dolor que enterró en los míos, devolverle el Hambre que los ha llevado a mutilarse con sus propios dientes, que los convirtió en mendigantes de mi poca carne.

—*Sangre* —decían, como niños bajo la luz inclemente de los rayos.

—Busquen otros barcos —susurré, manchándome con cada palabra.

Debí callarme, dejar que murieran de nuevo por Hambre.

¿Fue por ellos, por su sufrimiento evidente, o por mí, que no soportaba verlos mendigantes, heridos, royéndose las manos, que condené a otras tripulaciones a la oscuridad?

—No podemos. El agua duele —dijo Olgaren, encontrando difíciles las palabras, como si al morir hubiera perdido algo esencial de sí mismo, la carne en donde se encontraba prisionera una fracción de lo que fue—. No es una tumba buena. Lo es bajo el *Deméter*.

El mar es tierra consagrada para nosotros, los marinos.

Tierra bendita, tierra donde descansan nuestros huesos.

Pero es algo más. Convertida en tumba por los barcos que arrojan al mar a sus muertos, por las ceremonias dichas sobre cubierta.

Cuando se alejan, cuando la nave se ha ido, el mar es mar.

La magia efímera del entierro se marcha con la embarcación.

Entonces, el agua duele.

El mundo fuera de la tumba un sitio de dolor.

Supe, entonces, qué era lo que transportábamos hacia Inglaterra.

Ese *ser* pudo dejar atrás lo único cierto para todo el mundo. Había escapado de la mortaja, de la muerte, pero no de la tierra oscura de la tumba, condenado a llevarla siempre consigo.

El recuerdo de la disolución.

¿No es mejor paz, la caricia incesante de la tierra, de la rezumante humedad que terminara con tu carne, desgastando los rangos como la memoria, destruyendo lo que fuiste, único, para convertirte en lo que seremos, polvo? ¿No es el Descanso un precio suficiente a cambio de la vida?

¿Exactamente, qué diría la tierra a ese hombre?

¿Y qué importaba?

Él, Aquello, había sellado la bodega, cerrándola desde dentro, enterrando metales y cuerdas en la piel del *Deméter* sin esfuerzo alguno.

Creí que se había encerrado a sí mismo, pero salió en la noche sin problema alguno.

Por una grieta, supuse. Como las grietas impresas en las cajas que transportamos.

¿Qué podía hacer contra él?

Indefenso.

—*Mañana* —dijo el hombre—. Mañana será suyo cuando atraquemos.

Un destino medido en horas, vida como arena que se desliza hacia la nada, venganza perdida en sangre y carne bajo el hambre de las víctimas.

Iba a morir con mi pecado.

—Yo no te maté, Mijaíl —dije, porque a ello se había reducido toda mi fe, todas mis oraciones.

—Yo no lo maté… —dije mil veces.

Después de tanto silencio, de tanto no decírmelo, de enterrar esa simple afirmación en otras pieles, en otros hechos, en viajes por la ruta del hielo y la sal, era necesario que sangrara en ese momento.

—Yo no…

—No…

Lo dije tantas veces, de tantas formas, con tanta fuerza que terminé por escucharme.

Por saberlo.

Yo *no* maté a Mijaíl.

—Temen a sus apetitos —me dijo una vez, pero no era cierto. No eran hombres deseando hombres quienes lo mataron.

Eran Hambres secretas (tal vez de carne, de placeres, de soberbias o pecados) las que empuñaron las armas.

La necesidad de ser ocultas, para fermentar en la oscuridad. Rabiosamente deseadas por ser prohibidas.

El crimen, una justificación.

Es por el mundo, por la normalidad, para que nadie deje libres a los demonios palpitantes de la carne, del pensamiento, de lo que somos tras las máscaras.

Si tengo apetitos que considero monstruosos… ¿no lo son todos? ¿No es el pecado de los otros tan grande como el que no me atrevo a ejercer, como el que realizo oculto?

¿No merece un castigo que no puedo infligirme a mí mismo? ¿No mato lleno de rabia lo que deseo matar dentro de mí, pero no puedo, porque ese placer, esa aberración, eso que atesoro es más de lo que soy, más que mi propia imagen?

Si la Sombra que vive dentro de nosotros cobrara forma, mostraría un vacío ante los espejos: imagen en sí misma, reflejo en el mundo de un brillo insano.

Sé que la Sed no es mala en sí misma, ni el Hambre un estigma que deba borrarse a fuego y sangre.

Ni siquiera el Pecado.

Es lo que estamos dispuestos a hacer para alimentarlo lo que lo convierte en peligroso.

¿Quiénes fueron más monstruos en esa vereda de Dzerzhinsk donde murió Mijaíl: él, derribado, o los que se cebaron sobre su cuerpo?

Cometí un Pecado al obligarlo a aceptar mis caricias. Pero tuve la increíble suerte de haber sido perdonado por su aceptación.

Dormir con él, buscar en nuestros cuerpos el placer no debió terminar en sangre.

—No soy un monstruo —le dije al *Deméter,* aferrando el timón en medio de la niebla.

No era como *él,* como *eso.*

Y para demostrarlo debía salvar a mis hombres.

Alma y Carne en Uno.

¿Y si la Carne fuera destruida? ¿No dejaría eso libre al Alma?

El mar duele.

Y por ello estoy vivo. Por eso en una nave de muertos, respiro aún.

Lo descubrí en la desesperación, en los días en que navegué rodeado de espectros, en las noches en que la culpa retorcía sus garras dentro de mí.

Una lucidez me separa del hombre que fui antes del horror, una lucidez lograda en los momentos interminables de la trampa.

Lo supe todo, logré saberlo, después de que me dije que no era un monstruo, cuando —por nada en especial— me perdoné a mí mismo de una muerte en la cual yo no empuñé las armas.

Cómo salvarlos, cómo salvarme a mí, cómo destruir al monstruo.

Lo supe cuando vi lo que el hombre alto observaba con tanta fascinación cada noche…

Dejé el timón al viento y a la tormenta que —ahora lo sé— dirige, a la niebla que nos rodea como un sudario. No por completo. Había desgarraduras aquí y allá, sobre el mar, vi las aguas pasando raudas, la espuma furiosa que creábamos al cortar las olas, la oscuridad convertida en cuerpo líquido bajo nosotros.

Vi la ruta que se terminaba, el tiempo que me acercaba al *mañana* donde iba a morir.

Vi algo blanco e indescriptible bajo nosotros.

Algo *vivo.*

Algo de mil bocas, hiriendo la *mente* al observarlo.

Algo que sólo era capaz de existir en un universo insano, uno donde existieran hombres altos mirando, fascinados, el abismo y a uno de sus habitantes.

Aparté la vista de esa silueta monstruosa, indefinida, obscenamente múltiple.

Sentí que mi alma había sido manchada por esa cosa, que lo que yo era había muerto un poco sólo por observarla.

—Creo que siente mi presencia —dijo el hombre alto.

Creo.

El momento de la revelación.

El océano es un mundo que ese *ser* no conocía, había secretos, cosas que se ocultaban aún de su mirada sobrenatural.

Olas vivas cuidando sus territorios, amenazando con su existencia.

Por ello estaba vivo.

Por eso supe cómo vencerlo.

En el sueño le enseñé la forma de calcular la *estima,* el rumbo del *Deméter,* la secreta ruta en el agua trazada por los mapas y las estrellas.

Escuchó con cuidado, días enteros aprendiendo, sin tocar a ninguno de nosotros, cuidándonos incluso. Alejando las tormentas, guardando la suya propia, practicando sus conocimientos.

Era un hombre de tierra, naturalmente. No tenía tripulaciones *szaganys* a las cuales confiarles su seguridad. Ignoraba hechos fundamentales de la navegación.

Pero yo le enseñé.

Yo, y después los míos, en la oscuridad.

Pero era un hombre de tierra, que dijo *creo,* refiriéndose a algo del mar.

Alguien que ignoraba que el término de un viaje es más difícil que su recorrido.

Las cartas de marea, los mapas de arrecifes, los bancos de arena de las caletas.

Por ello me conservó vivo.

Por si había algo que ignorara.

Demasiado arrogante para considerar que lo ignorado podía ser mucho.

Por ello no me brindó su Don Oscuro. ¿Y si perdía algo vital, como Olgaren perdió su facilidad para las palabras?

Por ello no me ha privado de mi movilidad, no me ha encerrado en el castillo.

Cree que soy necesario, pero no vital.

Bajo el sol me desnudo, por primera vez me desnudo para mis hombres, libre mi carne de la máscara de la ropa, despojándome

de lo que fui, de lo que soy: un cuerpo desnudo es un cuerpo ofrecido al mundo, al clima o a la misericordia del destino. Desnudos nacemos y procuramos no morir desnudos.

Cubrirnos del mundo en el momento en que lo abandonamos.

Yo no. No puedo. Dejo la carne libre y salto al mar.

¿Cuánto tiempo en ruta, cuántos mares, océanos, climas y nunca salté de mi barco a las aguas?

Sumergirse en la ruta, dejar atrás el universo de la madera y tela, la cordura de los cordajes y la arboladura.

Atrás la voz del *Deméter*, susurrando en su viaje maldito, avanzando con sus velas manchadas de tormenta.

Tomé aire (afilado aire lleno de frío) y dejé que las aguas me cubrieran por completo.

Imágenes nítidas a mis ojos, cambiantes, como si el mar reclamara como suyo todo lo que se abrigara en el interior, hasta los paisajes bajo su superficie. Mil sonidos claros.

Esto oyen los ahogados.

La vociferante paz del océano.

Veo a mis hombres aferrados a la madera del *Deméter,* como rémoras que no pretenden detener ningún viaje, protegiéndose del mediodía con la sombra del barco.

Ellos me ven con sus ojos de pez, sin saber qué deseo ahí.

Niños, aferrados unos a otros como cachorros, indefensos sin más seguridad que la de su piel conjunta.

No son hombres ya, nada más que una necesidad desnuda, un sencillo Apetito.

¿Y no lo somos todos en alguna ocasión?

¿No el deseo puede despojarnos de todo más que de la Necesidad?

¿No fui ellos durante muchos años?

Por eso tomé el cuchillo que llevaba en la boca. Porque supe que los amaba. En ese instante.

La piedad también es amor y por ello abro una vena.

El único regalo que puedo hacer es matarlos.

La única caricia digna de su Hambre.

Mi sangre se hace una con las aguas, crece, una nube escarlata me rodea, va hacia ellos.

¿Cuál su sabor? Sal en la sal.

En cuanto la nube roja tocó su carne enloquecieron, su máscara de humanidad rota por el ansia que, dicen, despierta en los cazadores el sabor de la víctima.

Aprendices de tigre hicieron lo que siempre supe que harían.

Dejaron de aferrarse al *Deméter* y se lanzaron hacia mí, a mi carne abierta para ellos.

Dejé de nadar y la goleta se alejó de nosotros.

Y el mar hizo lo que tenía que hacer.

Lejos de su tumba, en un reino diferente al de su Amo, un reino celoso.

¿No dicen que para matar a los *vrolocks,* a los *vlkoslak*, a los muertos vivos sedientos de sangre en Rumania, sólo es necesaria el agua viva?

En esas profundidades verdes, acariciado por los míos, con sus labios recorriendo toda mi piel antes de empezar a comer, estremeciéndome con su deseo hacia mí, los amé antes de que el agua hiciera su cometido.

Agua viva, lejos de la sombra de la goleta, bajo un sol sumergido: empezaron a disolverse.

Arghezi y Muresh, Joachim y Olgaren, Abranoff y Petrofsky, Acketz.

Su piel tibia por mi propia sangre, sus sexos erectos por el placer de satisfacer la Sed, lenguas en mi boca, en mis venas, en mi pene… y —de pronto— las sensaciones fueron apagándose, los miré un momento, a mi alrededor, cohesionados, formas discernibles bajo las infinitas aguas, y después…

Los marinos son la mujer de Lot.

Seres de sal.

Yo no maté a Mijaíl y saberlo sanó mi alma. Y yo los maté a ellos, y ello me salvó de culpa.

Carne y Alma separados.

Polvo al polvo, al mar.

Entonces la soga que me ataba aún al *Deméter* tiró de mí, me arrastró con la velocidad del barco, alejándome de esa mancha bajo el mar que perdía forma, devorada por el líquido.

Podía cortar la cuerda, quedarme en la paz del fin, entre los

míos.

Libre de pecados, libre de culpas.

Es extraño cuántas formas de redención existen, Mijaíl.

Pero debo ver a ese hombre por última vez, decirle que el Hambre no es pecado, ni la Necesidad o el Apetito.

Es, repito, lo que estamos dispuestos a hacer por satisfacerlos.

Mis placeres efímeros no son una mancha, el hecho de que él sacrifique a otros, a los demás, a todos por satisfacer su Sed sí lo es.

O tal vez sólo quiero escupir en su cara mi triunfo.

No he comido, me he negado toda gota de agua, he sangrado interminablemente entre las aguas, arrastrado por el barco apenas pude subir al *Deméter*.

¿Quién pensaría que agonizar podría traer tanta paz?

A veces pierdo horas enteras, mi vista cubriéndose de una oscuridad placentera, mi carne titubeante llena de un poder increíble:

Lo dejaré indefenso en medio del mar, con sólo mi cadáver y los mapas de la costa minuciosamente rotos y devorados.

Tal vez llegue a tierra, tal vez: depende de su suerte y del destino.

Comandará un barco muerto entre farallones hambrientos.

Voces como polvo, rodeándome.

Ya no asustadas, ya no terribles. No en este instante en que todos han muerto y yo lo haré pronto.

Me he vestido rigurosamente para los que encuentren mi cuerpo. Las ropas ya no son una máscara.

Soy lo que soy.

Escribo lo último, poco espacio en mi memoria de naufragio.

Unas líneas apenas en adenda para la bitácora.

Continúa esta niebla que ni siquiera el sol es capaz de penetrar. Sé que es el amanecer, por mi experiencia de navegante, no por otra cosa. Lo he visto en la oscuridad. ¡El primer oficial ha hecho bien en saltar por la borda! Es preferible morir como hombre; nadie puede reprochar a un marino que elija morir en el agua azul. Pero yo soy el capitán, y no debo abandonar mi barco.

Sin embargo, sabré burlar a ese monstruo o demonio; me

ataré las manos a la rueda cuando las fuerzas me empiecen a fallar, y sujetaré con ellas lo que Él, lo que ese ser, no se atreverá a tocar: un viejo rosario.

Luego, tanto si sopla viento favorable o contrario, salvaré mi alma, y mi honor como capitán.

Me siento cada vez más débil, y se acerca la noche.

Si naufragamos, quizá encuentren esta botella y puedan comprender; si no…, bueno, todos sabrán que he sido fiel a mi deber.

Que Dios y la Santísima Virgen y los santos ayuden a esta pobre ignorante alma que trata de cumplir con su obligación.

El ser humano ha emprendido largos viajes en busca de lo desconocido y ha especulado sobre qué trae consigo el océano; sin embargo, el misterio tan propio de las portentosas aguas sólo ha sido vislumbrado por unos cuantos. José Luis Zárate nos hace cómplices de ello y nos lleva clandestinamente en el *Deméter,* un navío que habrá de recorrer un sinfín de rutas gélidas, donde el vacío y el silencio serán los únicos testigos del comportamiento de sus tripulantes. Éstos, al ver el rostro de la soledad, darán rienda suelta a sus más profundos deseos y se abandonarán ante la locura, que oscila entre el terror y los peligros que arrojó para ellos el océano.

José Luis Zárate es un escritor mexicano de narrativa, ensayo y poesía, reconocido principalmente por su aportación a la literatura de ciencia ficción. Es miembro y socio fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía, mediante la cual ha sido un importante divulgador de estos géneros en el país. Su obra lo ha hecho acreedor del Premio Más Allá (1984), el Premio Kalpa (1992) y el Premio UPC de Ciencia Ficción (2000).